

5-2016

Antología de la clase: Creative Writing in Spanish

Britton W. Newman
Wofford College

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.wofford.edu/studentpubs>



Part of the [Creative Writing Commons](#), and the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

Newman, Britton W., "Antología de la clase: Creative Writing in Spanish" (2016). *Student Scholarship*. Paper 12.
<http://digitalcommons.wofford.edu/studentpubs/12>

This Class Project is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Wofford. It has been accepted for inclusion in Student Scholarship by an authorized administrator of Digital Commons @ Wofford. For more information, please contact stonerp@wofford.edu.

Antología de la clase

Creative Writing in Spanish
Spanish 441

Dr. Newman

2016

Índice

Ensayos de viaje

Janey Atkinson	“¡Mis padres vinieron a verme en Chile!”	3
Mary Baldwin	“El espíritu del camino”	10
Brendan Jackson	“El idiota en el extranjero”	15
Néstor Jaramillo	“Primer día de escuela”	20
Eli Mitchell	“Un sonido, un miedo y una familia”	24
Chanel Stokes	“El desconocido dominicano”	28

Relatos

Mason Cantey	“La guitarra vieja”	32
Mary Baldwin	“Lirios del día”	36
Tara Hartford	“Agua de rosas”	41
Kayla Hill	“El futuro”	45
Brendan Jackson	“El sueño perdido”	50
Jack McAlhany	“Dinero sucio”	55
David Navarro	“Revolución	59
Hanna Socha	“El chico”	64

¡Mis padres vinieron a verme en Chile!

Janey Atkinson

Yo estaba esperando en el aeropuerto cuando aterrizó el avión en Santiago de Chile, saltando de alegría porque hacía seis meses desde que abracé a mis padres. Ellos vinieron a verme y conocer a mi familia chilena por una semana. La primera parte del viaje, ellos se quedaban conmigo en mi casa con mi familia chilena en San Fernando, a dos horas de Santiago, un pequeño pueblo de cuarenta mil personas. Mis padres reales no hablaban español y mis padres chilenos no hablaban inglés. Así que para mí, la semana fue fatigosa porque cada minuto yo era la traductora. Sin duda, ellos se comportaron muy bien y se rieron mucho, sólo utilizaron los gestos con las manos para comunicar. Aunque no se entendían los unos a los otros, pasaron los tiempos juntos con felicidad.

Fue probablemente el segundo día cuando estábamos chateando y relajando en el patio de atrás, yo escuché demasiadas risas y encontré a mi hermana Consuelo, mi padre Miguel, y mi padre real Tom; ellos estaban gritando, “What’s up dog?!” y “¿¿Qué pasa perro?!” Era la única forma de comunicación entre mis padres durante toda la semana, mientras que mis madres trataban a comunicar realmente utilizando google translate. Era tan cómico ver cómo comunicaban y me di cuenta de que da lo mismo si una persona era de otra cultura, si podía pasarlo bien. A quién le importaba de dónde eras.

En un caso, después de que mis madres tuvieron unos de sus miles de conversaciones por google translate, mi madre real me miró con una expresión del rostro un poco triste y me dijo, “Eres más como una chilena que una americana ahora.” Me sorprendió con eso, pero pensé un rato y le pregunté, “¿Por qué piensas así?” Me explicó

que ahora yo estaba muy acostumbrada a la cultura; cómo comíamos el almuerzo grande y no cenábamos mucho, yo conocía el pueblo San Fernando como si me hubiera criado allí, y también no parecía distinta de mis amigas chilenas. Como mi madre real me dijo, “Te encajabas con los amigos chilenos, no te veías distinta ni hablabas con un acento americano. Todos te miraban como a uno de ellos. Qué bien que hayas adoptado una cultura nueva con fluidez.” Me sentía feliz de que mi madre real pensaba así, quería estudiar afuera de mi propio país para poder experimentar y encajar en una cultura distinta de la mía.

Después de algunos días nosotros, incluyendo a mi familia chilena, fuimos a la playa donde mi tío había tenido un campamento del surf, y quedamos allá por la mitad de la semana. El plan de la semana era que mis padres reales podían conocer a mi familia chilena con que yo había tenido una buena relación. También ellos podían conocer el país que yo llamaba mi hogar, y la cultura que ahora llamaba mía. Después de algunos días en Pichilemu con toda la familia chilena, mis padres reales y yo volvimos a Santiago para recorrer la ciudad y pasar el fin de nuestro tiempo en Chile. Hicimos muchas cosas turísticas—un día compramos billetes para hacer un tour de Santiago en un bus que nos llevó por todas partes de la ciudad. Por ejemplo, nos llevó a los monumentos famosos y los museos bellísimos. Este viaje fue la primera vez que había viajado con ellos en Chile donde yo no conocía el lugar tampoco.

El último día, mis padres tenían su vuelo a las seis de la tarde. Entonces, para tener lo más tiempo posible haciendo cosas juntos, mis padres iban a dejarme en la estación de autobuses en lugar de manejarme las dos horas a San Fernando. Nos despertamos temprano para tener todo el día, fuimos a desayunar en un café que mi

hermana nos recomendó. ¡No sé qué comimos pero estaba riquísimo! Era un día de buen tiempo, entonces decidimos caminar al Mercado Central de Santiago. Un lugar muy famoso en Chile, es como un supermercado en los esteroides. Tenía muchos vendedores de cualquier tipo de comida, especias, y cerámicas. Los vendedores gritaban y a veces nos molestaban para que compráramos sus cosas. Pasamos la mañana explorando el mercado y comprando cosas para mis padres para llevar a EE.UU.

Durante la exploración del mercado, había una mujer con bolsas llenas cubriendo su cuerpo y también ella estaba con dos niños los que estaban jugando por el mercado. Nos paró y preguntó a mi madre si su collar era de oro. Mi madre me miró, y yo, como era la traductora por la semana, traduje lo que dijo la mujer. Cuando mi madre dijo que sí, la mujer continuó, “sácalo, guárdalo, ten cuidado con las cosas”, y después de su comentario, se fue con sus niños. Como dijo la mujer, yo había contado toda la semana a mi madre de la importancia de cuidar la bolsa y ponerla en frente de ella misma cuando caminaba por todos los lados. Por un segundo, mi madre se puso nerviosa sobre el encuentro inesperado con la mujer.

Sin embargo, continuamos nuestro día en el mercado, alrededor de las doce de la tarde teníamos hambre y me di cuenta de que mi madre chilena nos dijo que la comida del mercado era tan rica y que teníamos que almorzar allá. Entonces, nos paramos y nos sentamos en uno de los millones de restaurantes. Eran abiertos al mercado así que los restaurantes eran un buen lugar desde donde mirar a la gente y conocer la cultura del mercado, como una vista panorámica para ver a la gente en su propio ambiente. Yo elegí la comida porque mis padres no podían leer el menú, como lo demás del viaje. Había una comida muy famosa en el mercado, no recuerdo cómo se llama pero era como cangrejo

fritos empapado en aceite. Nos encantó y la pedimos como cuatro veces hasta que nuestros estómagos iban a explotar. Al mismo tiempo, la camarera nos dijo que no habíamos comido nada. Inmediatamente, ella me recordó mi madre chilena porque aunque yo aumenté diez libras hasta aquel momento, mi madre siempre pensaba que no me gustaba la comida porque no comía como un elefante.

Después del almuerzo, eran como las 2 y ya teníamos sólo dos horas juntos hasta que mis padres tenían que manejar a la estación de autobuses e ir al aeropuerto. Mientras que salíamos del mercado vi tiendas a través del puente. Yo las reconocía porque una vez, mi madre chilena, hermana chilena, y yo fuimos un día en otoño para comprar ropa barata. Antes de este momento sabía que iba a ser peligroso ir por allá con mis padres, quienes eran extranjeros, pero la única cosa en mi mente era que quería que mis padres compraran ropa barata para mí. Además, hasta el momento, no habíamos tenido problemas de ser turistas en Chile, aunque la mujer en el mercado nos ayudó a ser más cuidadosos. Yo les convencí ir a comprar ropa barata.

Caminábamos a través del puente, mi madre y yo hablábamos en inglés, chateando sobre lo que yo iba a hacer en los próximos meses. Mi padre se paraba muchas veces para sacar fotos y no prestaba atención a él y continuábamos a caminar por las tiendas. Estaba hablando con mi madre sobre las tiendas y como eran similares a las tiendas de descuentos...En este momento de lo que estaba diciendo y en una fracción de segundo; un hombre había cogido mi bolsa en sus manos, y estaba corriendo por la calle entre los autos. ¿Que hice yo? Fui corriendo con la correa de la bolsa que tenía una hebilla, mis sandalias se cayeron pero no me paré, continué corriendo detrás de él con mis pantalones tan brillantes que estaban ondeando en el viento. Cuando lo alcancé y

estaba tan cerca del ladrón, empecé golpearlo, con la hebilla de la bolsa. Lo único del momento que recuerdo hasta ahora es que yo gritaba todas y cada una de las malas palabras que sabía al ladrón. Al mismo tiempo, mi madre me gritaba a mí, diciendo, *“Stop! Stop! Let him have it!”*

Finalmente yo paré de correr cuando recordé que yo era una extranjera, en un lugar diferente. Vi un desconocido corriendo por el ladrón para tratar de ayudarme, mientras que su esposa trataba de hablar con mi madre sobre lo que ocurrió. Yo me senté por un lado de la calle, llorando, mientras que vinieron mis padres y la desconocida cuyo esposo todavía estaba persiguiendo al ladrón. Durante este tiempo la mujer hablaba conmigo sobre el incidente, ella pensaba en lo que podría hacer. Mis padres solamente me abrazaban y porque no podían entender lo que la mujer y yo discutíamos. Mucha gente se acercaba a ver cómo estaba y qué podían hacer para nosotros. Ya no tenía mi celular, carné chilena, licencia de EE.UU, dinero, tarjeta de crédito, tarjeta de seguridad, mi cámara, y más; casi todo lo que era lo más importante de tener. Para empeorar la situación, tampoco podía contactar a mi familia chilena en San Fernando para que ellos pudieran buscarme en la estación de autobuses más tarde. Con todo, mis padres y yo decidimos que hoy no íbamos a comprar ropa... Pero por suerte, nos quedaba tiempo para que ellos pudieran manejarme a San Fernando.

Cuando llegamos a San Fernando, sacamos dinero, compramos un celular y una cámara y volvimos a mi casa. Mi hermana chilena estaba en casa y estaba tan confundida porque se suponía que yo iba a llegar en autobús más tarde. Le conté todo y ella empezó a llorar, me dijo una y otra vez, “lo siento que ha pasado, me perdonas de mi país.” Al mismo tiempo, sacó el computador y escribió en un traductor para que ella pudiera

comunicar con mis padres en su propia manera. Leí que ella estaba avergonzada por su país y que esperaba que todavía a ellos les encantara Chile. En este momento, me di cuenta de que la explicación que mis padres y yo le dimos a Consuelo era que el robo fue la culpa de su país. Pero mis padres y yo sabíamos que no era la culpa de nadie sino mi propia culpa. Yo debía saber que el lugar era peligroso, y que había un riesgo en general. Explicamos a ella que podía pasar el mismo resultado en los EE.UU, si yo estuviera en un lugar diferente, peligroso, y si no prestara atención allá. Le dije a Consuelo que todos me ayudaron y que les da lo mismo a ellos si soy de EE.UU. Había una sorpresa de que muchos desconocidos me ayudaron y trataron de encontrar al ladrón.

Desde entonces, siempre pienso en qué hice yo, y qué podía hacer para que eso no sucediera. Cuando pienso en el momento, recuerdo que siempre decía a mi madre de que tenía que tener cuidado con la bolsa en cualquier lado, pero en el momento no pensé en mis cosas, no pensé en que yo también era una extranjera del lugar y que en general estábamos en un lugar peligroso. Cuando mis padres me visitaron había vivido en Chile por seis meses y me sentía chilena, que yo no era su hija sino su guía. Por eso, en el momento no pensé en nada y me enojé cuando el robo pasó pero no cómo una gringa sino cómo una chilena sin riesgo de perseguir el ladrón. Aunque no era chilena nunca pensé en que yo era diferente de los chilenos; estudiaba en un colegio con los chilenos, viajaba con amigos, y tenía mi propia familia allá.

Sin embargo, después del robo, yo tenía que recordar en el fondo de mi mente que tenía que tener cuidado por la razón de que yo era una extranjera en un país tan homogéneo, así que yo me destacaba de los chilenos. Por eso, cuando el ladrón me robó la bolsa, no se me ocurrió que no era chilena. Además, el momento en que mis cosas se

fueron, yo también fui corriendo a alcanzar, una reacción de sorpresa. Ahora pienso en lo que está pasando antes de hacer algo impulsivamente, más como una consideración cuidadosa. Viajando ahora, estoy más consciente de mi propia seguridad y mis cosas.

El espíritu del Camino

Mary Baldwin

La pascua de 2015 fue la primera que pasé lejos de mi propia iglesia en Carolina del Sur. Oí la misa de esta pascua en una iglesia vieja con paredes de piedra en la ciudad pequeña de Palas del Rei, en el norte de España. La ciudad sólo era notable por estar en la ruta del Camino de Santiago, un camino de peregrinos que termina en Santiago de Compostela, donde se dice que tienen los restos de Santiago. Estaba caminando con un grupo de mi programa de estudiar en el extranjero, y ese domingo fue el segundo día de caminar. El segundo día fue el peor. El primero, teníamos energía y pies sanos. El segundo nuestros pies nos dolían y teníamos ampollas increíbles, pero todavía teníamos que caminar.

Pero ese domingo, con pies dolorosos, en pantalones cortos y una camisa de franela, escuché mientras el sacerdote hablaba en español a un grupo de menos de veinte personas. Las paredes y ventanas de la iglesia estaban decoradas con flores y dibujos hechos por niños. La luz de la tarde entraba por las ventanas altas y delgadas. Dentro hacía frío, y olía a incienso, madera vieja, y velas como todas las iglesias católicas. El sacerdote era viejo, con pelo gris, una sonrisa amable, y una voz suave. Me senté en el banco de iglesia junta con cuatro otras personas de mi grupo y como no entendía todo de lo que decía el sacerdote, intenté rezar mi propia oración. Hay una manera de orar sin palabras, de calmar el cerebro y enfrentarse a los problemas y ansiedades del corazón. Puedo hacer esto cuando estoy caminando o dibujando. A veces no me doy cuenta cuando está ocurriendo.

Mi semestre en España fue una oportunidad de enfrentarme a muchas cuestiones que tenía sobre mi vida y mi propia fe. ¿Por qué tenía yo tanto dinero para viajar, cuando veía todos los días la gente en la calle sin un euro para su comida? ¿Qué iba a hacer con mi vida, y era egoísta perseguir la carrera que quería? ¿Cómo podía seguir creyendo en Dios en un mundo con tanto mal? ¿Era yo una persona buena? Había tenido una conversación con una amiga de clase, Lara, sobre la religión y nuestras creencias políticas. La parte en que estábamos de acuerdo fue de que el centro de la religión y una vida buena era “vivir de amor,” y que era la cosa más difícil del mundo. Esta meta y yo estábamos separados por millas y millas, y lo sabía pero no sabía cómo cambiarlo.

Decidí hacer el Camino antes de venir a España simplemente porque me gustaba el senderismo. Empecé a pensar en estos problemas durante la primavera en España. Podía olvidarlos saliendo por la noche con amigos, pasando tiempo en la clase y estudiando, y haciendo actividades de voluntario en el colegio cerca de mi casa. Y podía creer que no importaban cuando estaba sentada al lado del mar o bajo mi árbol favorito o mirando el techo alto de una catedral. Se dice que el Camino provee respuestas a las preguntas de la vida. Que caminar alivia las ansiedades y ayuda a olvidar los problemas. No sé si funciona para todos, pero encontré a una persona para quien sí fue la verdad.

El sacerdote nos leyó parte de Lucas 24. En el verso, dos de los discípulos están caminando fuera de Jerusalén, tristes porque han visto la muerte de Cristo. Han perdido toda su esperanza para el salvador del mundo. Jesús aparece a ellos, pero no lo reconocen. Jesús explica los profetas y cómo su muerte confirma que realmente fue el Mesías. Y cuando los deja, los discípulos se preguntan,

“¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?”

“Quizás en el camino,” dijo el sacerdote sonriendo, “os encontrareis con alguien que haga arder el corazón. Y cuando esta persona hable, escuchad.”

Todo lo que entendí fue un mensaje bueno. Me gustaba la decoración de la iglesia, la ceremonia de tirar agua a los congregantes (quizás para señalar a los peregrinos que debían ducharse antes de la misa), y el sentido de comunión con los otros cristianos de mi grupo. Pero no esperaba que sus palabras fueran verdaderas para mí, hasta el próximo día.

Él estaba al lado del camino. Estábamos caminando a través de un bosque, y él estaba sentado cerca de su bicicleta. Luque, el líder de nuestro grupo, nos paró. “Este tío es el mejor,” nos dijo. “Venid, escuchad.”

Y Ionut Preda nos dijo la historia de su vida, que me pareció una película inspiradora. Perdió su pierna derecha en un accidente cuando tenía ocho años. Decidió viajar a lo largo de Europa en su bicicleta. Por unos años dejó su sueño y trabajó en un restaurante, pero luego regresó a montar a su bicicleta, aumentando conciencia para niños con amputaciones. Para inspirarlos y en memoria de su padre, quería ganar una medalla paralímpico. Nuestro líder Luque lo había encontrado en el camino antes, porque lo hacía casi cada año. Nos dijo que el camino era importante para él porque en el camino las personas practicaban el espíritu de amor; eran altruistas y trabajaban hacia una meta.

Me dio dos sellos en el pasaporte de peregrino, uno con una imagen de él con su pierna falsa y la inscripción “Pedaleando por un sueño.” El otro fue de cera roja, en que él presionó la imagen de dos pies descalzas. También vendía algunas camisetas con la señal

de los pies que decían “Más que un camino.” Compré dos para mis padres. Y me dio una hojita de papel con un verso de la Biblia que a mí me gusta mucho: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.” (1 Corintios 13: 13). En el camino, nada (aparte de agua fresca, vino abundante, y zapatos buenos) es más importante que el amor.

En este momento en el bosque con el peso de mi mochila, el dolor de mis pies y un grupo de amigos cerca de mí, estaba inspirada. Él había tenido sus propias preguntas, y en el Camino había encontrado sus propias respuestas. No eran mis respuestas, pero a veces, todo lo que necesito para reanimar mi fe es una persona que cree en las mismas cosas que yo con una intensidad más fuerte. No necesitaba las respuestas en este momento porque lo importante era que él había encontrado las suyas. Había encontrado un modo de vivir de amor, inspirando a los demás y trabajando hacia una meta. Y cuando seguimos caminando, dejándolo hablar con otros peregrinos, el sol brillaba más luminoso y me di cuenta de que mientras él hablaba me ardió el corazón.

Me gustaría decir que ahora soy una persona con todas las respuestas, y que mis dudas se han quemado en el fuego de mi corazón, o algo así. Pero no sería la verdad. La verdad es que aún me pregunto las mismas cosas. Ya estoy aprendiendo a mantener mi fe, qué quiero hacer con mi vida, y cómo puedo vivir de amor. Pero me ayudó esta experiencia porque ahora sé que hay respuestas, pero no son fáciles de conseguir. Ionut Preda tuvo que viajar a lo largo de Europa para saber lo que sabe hoy. Y las preguntas ahora para mí no son tan pesadas. Ahora me parecen oportunidades de crecer y aprender. El Camino terminó cuatro días después de la pascua con la misa y con más que 200 libras de incienso oscilando encima de mi cabeza en la catedral de Santiago de Compostela.

Sería un cliché decir que el camino ya sigue cada día y sólo fue el comienzo, pero pienso que en este caso es la verdad.

El idiota en el extranjero

Brendan Jackson

“那个，那个...那个那个！” (“*Ni geh, ni geh...ni geh ni geh!*”)

Yo me paré. Tuve que pararme. Estaba confundido. ¿Por qué estaba confundido? Andaba por la calle cuando oí algo en la distancia que me obligó a pararme. Pensé que había oído el nombre que los amos les habían dado a mis antepasados para poder controlarlos y castigarlos. Rara vez solía oír a alguien usar esta palabra, pero definitivamente la había oído. Estaba inquieto. Sentí que no podía respirar. Tenía que averiguar de dónde vino la palabra. ¿Quizá fue una persona racista? Empezaba a darme la vuelta cuando lo vi. Era un hombre que me señalaba. Dije a mí mismo: “¿qué coño quiere?” No lo conocía. ¿Quién diablos era? Sin duda, no conocía este país extraño. ¿Por qué estaba ahí yo? No sabía que China me repugnaría así. De haberlo sabido, jamás habría venido ahí. Me enojé. Tenía muchas ganas de gritar pero decidí permanecer en silencio. Me di la vuelta. Pensaba que tal vez si me diera la vuelta el hombre dejaría de señalarme. “那个，那个...那个那个！” (“*Ni geh, ni geh...ni geh ni geh!*”) Estaba hasta la madre. Volví a darme la vuelta y exploté. “¿Qué coño quiere? ¡No me mame, culero! ¡Váyase mucho a la fregada! ¡Tome su puto país y métaselo por el culo!”

El día en que le maldije a ese hombre en la calle, mi avión había aterrizado extremadamente tarde. Hacían dieciséis horas que mis pies no habían tocado el suelo. No sabía que China estaba tan lejos de los Estados Unidos. Después de aterrizar, tenía que moverme con mucha rapidez para continuar en la fila. Las personas se movían rápidamente como si fueran abejas en la colmena. ¿Cuánta miel querían producir para la reina de las abejas? No entendía el propósito de la prisa. Sí, los americanos nos movemos

rápidamente, pero parece que tenemos una razón por la cual nos apuramos. Me di cuenta de que ya no estaba en los Estados Unidos. Estaba en China cuya población era la mayor en todo el mundo. Seguí haciendo fila con la aglomeración de gente. No quería destacar.

Cuando estaba en el aeropuerto, me di cuenta de que muchos ojos estaban fijados en mí. Yo podía sentir el calor de ellos en mi espalda y de pronto me dolía. Me di la vuelta y vi a muchas personas chinas que me miraban. Les dije: “你们好！为啥你们在看我？” (“¡Hola, ustedes! ¿Por qué me miran?”) Por desgracia, nadie me respondió. Tal vez nadie me había entendido. Yo quería averiguar por qué me miraban. Supuse que nadie quería hablar conmigo, pero a mí no me importaba. Sólo quería llegar a mi universidad para dormir. Sólo quería dormir una gran siesta. Me hacía falta tomar un taxi pero no pude hallar ninguno. Hice señas hasta que ya no pude moverme la mano. Se me durmió la mano. Decidí caminar pero no caminé muy lejos. Estaba cansado y el aire no quería proporcionar oxígeno a mis pulmones. Finalmente, un taxista me vio y ofreció llevarme a la universidad.

Tomé un taxi y el conductor manejó, manejó y ... manejó. Finalmente, él llegó a una fábrica. Le pregunté a él: “¿dónde estamos?” Me respondió que habíamos llegado a la destinación. Le dije que intentaba ir a la universidad de Shanghai, no tenía muchas ganas de ir a una fábrica. Se me ocurrió que el chofer no entendió la manera en que hablaba el idioma chino. Tal vez mi pronunciación era incorrecta. Intenté explicarle adónde quería ir. Él volvió a manejar el taxi y después de que hubiéramos viajado alrededor de toda la ciudad, él me dijo que habíamos llegado. Este lugar me parecía una universidad. Yo vi a muchos alumnos llevando mochilas llenas de libros. Se apuraban. Volví a darme cuenta de que a todo el mundo en este país le gustaba darse prisa. ¿Adónde

iban? La reina de las abejas habrá querido su miel ahora mismo. Las personas se movían como si el próximo día no les fuera prometido. Me parecía que tenían que ganar su primer dineral en aquel momento, en aquel lugar, en aquella manera. ¿Qué les urgía apurarse así? La rapidez me molestaba. Me irritaba. Me repugnaba.

Finalmente había caminado hasta que había llegado al dormitorio. Yo estaba cubierto de sudor. Me veía como una gorila grande y sudorosa que tenía mucha hambre. ¿Dónde estaba mi banana? Fui dentro del edificio y completé la matriculación. Después de registrarme, fui a mi cuarto para dormir. Antes de dormir, me duché como si no supiera cuando me ducharía la próxima vez. Finalmente podía dormir. Me acosté. Mientras empezaba a dormir alguien llamó a mi puerta. ¿Quién diablos será? Cuando fui a la puerta averigüé que era mi profesora y ella me dijo que teníamos que tomar un tour de la ciudad. Quería golpearla. Tenía mucho sueño. No quería ver ninguna parte de la ciudad. Le dije a ella que tomaría un tour mañana pero ella insistió en que lo hiciera con los otros estudiantes. Yo dudaba que los otros estudiantes tuvieran ganas de tomar un tour porque tal vez estaban tan cansados como yo. Sin embargo, estaba equivocado. Estos estudiantes estaban llenos de felicidad y alegría. Pensé que estaban olfateando el gas hilarante.

Empezamos a andar. Ya se me habían dormido las piernas. No me podía mover. A pesar de mi cansancio, la profesora y los estudiantes me obligaron a seguir caminando. Lo hice pero lo hice a regañadientes. No saqué ninguna foto. No hablé con ninguna persona. No sonreí a nadie. Me sorprendió que no había nadie conmigo que entendiera mi situación. Todo el mundo en este momento me daba lata. Quería que un águila descendiera del cielo y arrebatara este grupo de personas desconsideradas. Giramos en

una calle que me parecía vieja y pobre pero continué con el grupo y luego oí la palabra. Ya estaba cansado, agitado...no tenía paciencia para tratar con esta situación.

“那个，那个...那个那个！” (“*Ni geh, ni geh...ni geh ni geh!*”)

Yo paré. Tuve que parar. Estaba confundido. Estaba extremadamente enojado. Quería golpear algo. ¿Qué me puso enojado? Andaba por la calle cuando oí algo en la distancia que me obligó a detenerme. Sonó como la palabra ‘N’ en inglés. Me di vuelta y vi a un hombre que me parecía señalarme. ¿Qué coño quería? Él acababa de ofenderme y ahora quería que le ayudara con algo. Estaba confundido. Yo estaba enojado y mi rabia me obligó a acercarme a él. Cuando me acerqué, el hombre empezó a mirar sin comprender. Le pregunté: “¿Por qué me llamó un N*gg*r?” Tan pronto como le pregunté me di cuenta de que él no tenía ninguna idea de qué hablaba yo. Decidí que le preguntaría a mi profesora qué dijo el hombre. Ella me explicó que en China, cuando una persona no está seguro de qué quiere decir, muchas veces dirá “那个，那个...那个那个！” “El significado es similar a la palabra “um um” en inglés. Sin embargo, en el sur del país las personas pronuncian la palabra en una manera diferente que suena como la palabra N*gg*r en inglés.

En aquel momento, me sentí como un idiota. ¿Qué coño pensaba? Dejé que mi cansancio, rabia, y actitud nublaran mi mente. Sí, estaba cansado y tenía hambre pero, ¿tenía el derecho de maldecir a una persona a que no conocía? ¿Habría hecho lo mismo en los Estados Unidos? ¿Por qué no pensé que el hombre intentaba decir algo diferente? Mi mente fue directamente a lo negativo. ¿Por qué? No tenía razón. Me di cuenta de que tenía una mente cerrada y tenía que deshacerla si iba a disfrutar mi experiencia en China. En aquel momento, me di cuenta de que los Estados Unidos me habían obligado a tener

este tipo de mente y tener estas preconcepciones de otro país. Me hacía falta cambiar mi mente enredado...enredado en el prejuicio de que otra persona tal vez me ofenda por el color de mi piel. Era hora de cambiar. Era hora de empezar a pensar en las diferencias entre culturas y empezar a ver la idea más grande. Pensé que era un idiota en el extranjero que necesitaba aprender más sobre la cultura y el idioma de China si quería sobrevivir en este ambiente diferente a lo mío. La situación me dejó boquiabierto. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? No tenía respuesta; lo único que podía decir era: “那个, 那个...那个那个!” (“*Ni geh, ni geh...ni geh ni geh!*”) “Um um...um um.”

Primer día de escuela

Néstor Jaramillo

El lunes por la mañana, aproximadamente a las seis quince, el sol todavía no salía. Cuando caminé de mi casa a la parada de autobús con mi primo mayor, sentí una tranquilidad tan enorme como si el tiempo se hubiera parado. Este silencio en la mañana brumosa, no era comparada nada al silencio de México. Los camiones de gas, el vendedor de camote, y el lechero todos cada mañana se escuchaban no dejando a la gente dormir. Uno se acostumbra, pero el cambio dramático de los vendedores al sonido sutil del viento es algo divino.

Había llegado a los Estados Unidos dos meses antes de este lunes que era mi primer día de clases. Tenía ocho años y todo era diferente. Cuando llegamos a la parada del autobús, esperamos hasta que llegara el autobús. El submarino amarillo se veía a la distancia. Llegó el autobús, se abrió la puerta y entramos a lo que iba a ser una experiencia con nuevas costumbres. Me senté con mi primo que era de dos grados más que yo y ya tenía tiempo viviendo en este país. Mientras caminaba, tratando de buscar un asiento, todos se me quedaban viendo. Me senté al lado de la ventana para analizar el camino que íbamos a tomar y para aprender sobre lo que pasaba alrededor de mí. No quería hablar con nadie porque honestamente no sabía el idioma y no iba a poder tener una conversación útil. Yo era totalmente nuevo en el autobús y la escuela.

Llegamos a la escuela y entramos por la puerta principal. Algo inusual cuando entramos era que todos eran muy amables. Me abrieron la puerta para que yo entrara y varios estudiantes se me presentaron. Mi primo que ya sabía el inglés me ayudó a traducir. Yo con mi sonrisa nerviosa les decía que me llamaba Nestor y era de México.

Uno de los primeros encuentros en la vida normal de la escuela fue el desayuno. Después de entrar en la escuela, todos los estudiantes se fueron directamente a la cafetería para recibir su comida. Todos ordenados en línea y yo viendo alrededor para analizar el lugar que iba a ser mi casa por los siguientes tres años. Las paredes blancas, las letras en inglés, el pelo rubio y el aire acondicionado eran cosas muy diferentes a mi país natal. Me puse en la fila con el resto de los estudiantes para recibir mi comida porque tenía mucha hambre. Me dieron algo que se llamaba *grits*, huevos, leche y un pan. Estos tales *grits* tenían una textura única. Era como un arroz líquido pero con un sabor a maíz. Me gustaron mucho y ahí empezó mi adicción a los *grits*.

Me senté con mi primo y sus amigos mayores que yo. Me intimidaron más de lo que estaba. Eran del quinto grado y ellos eran los reyes de la primaria, los nobles de la jerarquía egipcia. No quería ni darles el ojo para que no me hicieran nada. Pero después de que mi primo me presentó a la mesa redonda, todos me hicieron sentir como en casa. Se alborotaron cuando mi primo les dijo que jugaba al fútbol porque a ellos les encantaban los deportes. Uno de ellos me retó amablemente a una carrera en el recreo para ver quien iba a ser más rápido. Me platicaron que los niños del quinto grado eran los más rápidos de la escuela, que nadie les ganaban. Para mí, era un portal para ganarme el respeto no nomás de los del quinto grado, sino de todos los de la escuela. Esto me excitó mucho porque me encantaba el recreo. En México no comía en el tiempo del recreo para tener más tiempo jugando al fútbol.

Se escuchó un sonido fuerte en toda la escuela y me asustó por un momento. Pensé que era una alarma de emergencia pero me di cuenta de que era la alarma para empezar las clases. Mi primo me guió a mi primera clase, me presentó a la maestra y me

dejó. Ese momento fue un momento de separación, un momento donde un niño de ocho años iba a luchar solitariamente contra el mundo. Me sentí como la única nube sobre el desierto Atacama. Entré a la clase y mi maestra me puso al frente de la clase para presentarme. Esto me puso más nervioso de lo que ya estaba. Veía todas las caras y sentía el silencio de curiosidad de los estudiantes. En mi mente pensaba en quién iba a ser mi amigo y quién no. Vi que nadie tenía rostro latino, nadie en la clase hablaba español.

Después de la presentación, me senté en un escritorio al lado de una muchacha rubia. Ahí empezaron los juegos mentales, tratar de descifrar cada palabra extraterrestre. No entendía nada. Un muchacho que estaba sentado al otro lado de la muchacha rubia se me quedaba viendo de una manera analítica. Me veía de arriba para abajo y cada movimiento que hacía. No tenía ni idea si la maestra sabía que no hablaba en inglés hasta que me hizo una pregunta. Las únicas palabras que sabía eran los números y los colores. Yo tenía unos juguetes en México que me ayudaron a aprender esas palabras pero sabía que no me iban a ayudar en momentos como estos. Llamó mi nombre y me hizo la pregunta en inglés. Las únicas palabras que reconocí eran “Néstor” y “six”. Mi mente rápidamente trató de conectar todo lo que había dicho con el número “six” como el código de Da Vinci pero no sabía suficiente información para conectar todo. En esos segundos, todos los estudiantes se voltearon a mí, y sentía que me escurría el sudor por mi espalda. En ese instante, me salvaron la vida. El muchacho que estaba analizándome me vio por un segundo, giró su cabeza a la maestra y respondió. Supe que me había ayudado porque después de la pregunta, me miró, sonrió y me dio la señal de aprobación. Vi el reloj para ver qué hora era, y nomás habían pasado cinco minutos. El tiempo era más lento que el

crecimiento del pelo. Me quedaba viendo al reloj con ganas de que viniera mi primo a ayudarme o que el mundo cambiara y todos pudieran hablar español.

Puse mi cabeza en el escritorio para evitar la realidad que estaba viviendo y me imaginé el puesto de tacos que estaba en frente de mi antigua escuela en México. Cada día después de que se terminaba la escuela, yo ordenaba por lo menos tres tacos. Me imaginé una utopía donde todos hablaban español y comían tacos después de la clase. Pero esta imaginación empeoraba la situación. Levanté mi cabeza para ver el presente y todo se congeló. Los estudiantes se congelaron, la maestra se congeló y hasta yo me congelé. Lo único que funcionaban eran mis oídos. Todo estaba congelado, nomás se escuchaba el aire acondicionado que venía atrás de la clase y el “tik tok” de reloj. Estos sonidos no paraban hasta que se escuchó el sonido de la puerta. Era mi primo. Era un sentimiento de alivio como cuando encuentras a otro humano en un apocalipsis de zombis. Llamó mi nombre la maestra y nos sentamos en otro escritorio más grande en la esquina de la clase. Ahí me explicó mi primo lo que habíamos aprendido y me dio instrucciones de cómo hacer la actividad en el papel. Le pregunté que si en esta escuela había mas personas que hablan español y me dijo que el era el único. Esto me dio un estado de pánico pero sabía que iba a aprender más rápido. ¿Por qué? Porque iba a tener más presión de aprender el inglés y porque sabía que la hospitalidad y modales de la gente en esa escuela iban a facilitar no nomás el aprendizaje lingüístico sino también mi experiencia como un estudiante de los Estados Unidos.

Un sonido, un miedo y una familia

Eli Mitchell

Estaba en el segundo mes de mis estudios en el extranjero. Era la primera vez que había viajado fuera de los Estados Unidos, así que era una experiencia nueva para mí. Estaba viviendo en Alicante, España, que es una provincia en la Comunidad Valenciana que está en el sureste del país. En esta provincia muy cerca del Mar Mediterráneo, casi siempre hacía sol, la temperatura casi nunca bajaba a menos de 50 grados Fahrenheit, y casi nunca llovía. La provincia tiene una serie de playas que la gente puede visitar durante todo el año. Además, la ciudad se animaba durante todos los fines de semana, que ahí eran desde el jueves hasta el domingo. Por las noches, los jóvenes salían a la calle para pasar el rato con sus amigos en los bares, las discotecas, y hacían botellón en las calles y playas. Mejor dicho, los fines de semana eran asignados para placer y los demás días de la semana para estudiar.

Dado que había vivido en Alicante por un mes, había adoptado el estilo de vida de los alicantinos. Entre semana, iba a mis clases, por el tranvía, en un edificio muy cerca de la universidad de Alicante. Mis clases eran por la mañana, así que cuando terminaban, volvía a casa para comer con la familia española con la que estaba viviendo. Normalmente, comíamos en la mesa blanca y rectangular en el salón. En el lado cerca de la pared, se sentaba mi hermano Oscar. A la izquierda se sentaba mi papá Luis. Delante de él me sentaba yo. A mi derecha se sentaba mi mamá Rosa. Siempre veíamos las noticias durante la comida y hablábamos sobre las noticias y las clases que mi hermano y yo teníamos. Mi hermana ya se había ido de casa para vivir con su novio. Además, teníamos una perra que se llamaba Dana. Después de la comida, dormíamos la siesta.

Entonces hacía la tarea, cenaba, y me dormía. Este era el horario desde los lunes hasta los jueves cuando tenía clase, y los jueves cuando empezaban los fines, estaba listo para salir de fiesta con mis amigos, concretamente con mi amiga Kayla. Ella y yo siempre íbamos a las mejores fiestas.

Además de ir a clases, salir con amigos, y viajar, sabía que quería formar una relación fuerte con mi familia española. El problema era que mi nivel de hablar español no era igual a sus niveles y no podía seguir sus conversaciones perfectamente. Había un punto de la conversación en que me perdía y no intentaba seguir más. Por ejemplo, durante la comida un día, estaban hablando sobre las drogas, algo de lo que pudiera haber hablado si hubiera podido seguir lo que estaban diciendo en la conversación. Por otro lado, pensaba que sólo era un estudiante estadounidense que estaba viviendo en su casa y que la relación no podía superar la de un estudiante y un anfitrión. Mi familia era perfecta para mí, pero yo no era como ellos. Mi raza era diferente, mi país nativo, mi idioma nativo, mi cultura y principios, todos eran diferentes.

Debido a eso, intentaba pasar mucho tiempo con mi familia. No quería salir para hacer nada, excepto cuando viajaba a otros países. Cuando estaba en casa, hablaba muchísimo con mi mamá durante el día. Le preguntaba a ella cuando necesitaba ayuda con la tarea. Durante la cena, siempre cenaba con mi papá mientras veíamos la televisión. Después, iba a ducharme y volvía para ver una película o dos con él. Se convirtió en rutina. Si estaba en mi habitación haciendo la tarea, él decía que había una película en la televisión y que quería que yo fuera a verla con él—y siempre iba a verla. Durante las películas, las discutíamos y me preguntaba sobre cosas en los Estados Unidos—porque casi todas las películas eran de Hollywood y estaban traducidas para los españoles—y yo

le explicaba. Entonces discutíamos las diferencias. Mi hermano y yo hablábamos de los temas típicos de los jóvenes, la escuela, y las fiestas. También la perra y yo nos convertimos en amigos porque ella siempre quería dormir conmigo. Ella venía a mi habitación cuando estaba durmiendo y se metía dentro de mi cama. Mis padres me dijeron que ella solo había hecho eso con una estudiante más—sólo dos de las once estudiantes en total. Me parecía que todo iba bien hasta que una noche todo cambió.

Al principio, esta noche parecía como cualquier otra. Era después de la cena y mi hermano había salido de fiesta con sus amigos. Mi mamá, papá, y yo estábamos sentados en el salón viendo la televisión. Estaba sentado en el sillón más cerca del pasillo a la puerta. Mi mamá estaba sentada en el sofá directamente enfrente de la televisión. Mi papá estaba sentado en el sillón reclinable al lado de las ventanas. Todos estábamos concentrados en la televisión cuando escuchamos algo extraño, un ruido raro. Mi mamá y yo miramos el uno al otro. No sabíamos qué era. Miré detrás de mí por si podía ver algo, pero no vi nada. Miramos a mi papá, quien no se había movido o dejado de ver la televisión. Estaba claro que no escuchó nada. Después de un par de minutos no escuchamos nada más así que seguimos viendo la televisión. Cuando estábamos mirando la televisión otra vez, escuchamos el ruido de nuevo, pero esta vez estaba acompañado por el ruido de algo cayéndose. Antes de que pudiera reaccionar, mi mamá gritó, “¡ILAAAA!” (Es la manera que ella decía y escribía Eli, probablemente debido a mi acento del sur de los Estados Unidos y a que yo decía mi nombre así)

Me asustó. No sabía por qué estaba gritando mi nombre. Pensaba, “¿Por qué no estás llamando a tu marido que está sentado en el sillón al lado de ti? ¿Por qué me estás llamando cuando no es mi casa?” Pensaba que no era mi responsabilidad descubrir

lo que era cuando yo era un estudiante en su casa, de hecho, ¿era su responsabilidad protegerme a mí! Cuando los miré a ellos, mi mamá estaba mirando a mí y mi papá estaba mirando a mi mamá como si quisiera preguntarla, “¿por qué estas gritando?” y a nosotros como si quisiera preguntarnos “¿que ha pasao?” Me di cuenta de que ellos no iban a hacer nada para buscar lo que habíamos escuchado, así que fui a descubrir la fuente yo mismo. Caminé por el pasillo, llegué a la puerta, y ¿que vi yo? Una bolsa— habíamos escuchado una bolsa, llena de ropa, que se había caído al suelo. Era una bolsa que nos había asustado a mi mamá y a mí. Cuando volví al salón le dije a ella que era una bolsa y los dos nos partimos de risa por un rato. Tuvimos que explicar lo que había pasado a mi papá porque todavía no se había dado cuenta de que algo había ocurrido. Él nos miró a nosotros y volvió su atención a la televisión. Entonces las risas de mi mamá y de mí eran intermitentes, porque estaba pensando en por qué me había llamado y cuando empecé a reírme, ella empezó a reírse también.

En ese momento, no entendí la gravedad de la situación y lo que hizo para cambiar la forma de la relación que yo tenía con mi familia española. Ahora, me doy cuenta de que mi mamá me llamó porque ella confiaba en mí. Para ella, yo era como su propio hijo. En ese momento, ella confiaba en mí como si fuera cualquier persona de su verdadera familia. En aquel momento puedo decir que nos convertimos en familia. Ahora, hablamos frecuentemente—una vez o dos veces por semana. No puedo esperar a que vuelva a España para reunirme con mi familia de nuevo.

El desconocido dominicano

Chanel Stokes

El 17 de junio del año 2015 mi vida cambió temporalmente. Tomé un viaje de dos meses fuera del país a Santiago, República Dominicana. Estaba aterrorizada de ir. Ésta fue la primera vez en mi vida en que hice un viaje extenso sin mi familia. Recuerdo cuando mi familia me dejó en el aeropuerto, me sentía como un pequeño bebé indefenso. Lloré mucho porque no estaba lista para estar sola, pero había llegado el momento.

Nunca olvidaré el clima en la República Dominicana. El sol radiante caliente en mi piel o la brisa ocasional que pasaba por mi cabello en los días calientes y húmedos. Frustrada, emocional e incómoda; éstas son algunas de las maneras en que yo me describiría en mi primera semana en la República Dominicana. Estar sola en un lugar extranjero por la primera vez, puede llegar a ser una situación muy estresante. Por primera vez en mi vida, sinceramente me sentí diferente, y verdaderamente me sentí como la minoría que yo soy. Se notaba que era visiblemente extranjera por la forma en que estaba vestida. Mi vestido azul brillante, mochila extremadamente grande y falta de sentido de dirección advertían mi identidad de lejos. Cada vez que abría la boca para hablar español, la gente sabía de inmediato que no era dominicana, ni incluso del Caribe. Ellos decían “gringa, gringa”, y a continuación se procedían a tratar de entender lo que estaba tratando de decir, pero tenían dificultad para entenderme debido a mi acento americanizado. Cuando hablé con los dominicanos locales, o con mi familia anfitriona, hacían una expresión facial muy divertida en mi opinión. Se arrugaban las narices, y bajaban sus cejas. En cierto modo su expresión de confusión se parecía a la cara que un niño haría cuando él o ella está haciendo caca en su pañal.

Mientras que estaba en la República Dominicana, mi amiga Katie y yo, a quien conocí una a través del programa de intercambio CIEE, decidimos hacer un viaje por unos días a Cabarete, República Dominicana. Hacer el viaje era peligroso porque sólo Katie y yo fuimos y la apariencia física de Katie gritaba "gringa" a los extraños. Ella era una mujer caucásica, alta, con el cabello largo y rubio brillante. También ella tenía ojos azules brillantes. Estaba nerviosa de llamar la atención equivocada a nosotras. No quería ser puesta en una situación insegura que es exactamente lo que sentía una noche en Cabarete cuando Katie y yo salimos.

Katie se interesó por un dominicano al que conoció en la playa de Kite en Cabarete, así que mientras estábamos allí nos encontramos con él una noche en el local de bar/discoteca en la playa. Era un hombre joven y bello dominicano. Era de altura media, con hermosa piel suave marrón, pelo rizado negro y los dientes tan blancos como la nieve en mi casa en Cincinnati, Ohio durante el invierno. Parecía como si fuera un chico muy dulce, sin embargo, todavía él era un extraño para mí, así que era incómodo estar alrededor del nuevo varón de Katie, por tanto tenía mi escudo protector arriba.

Mientras estábamos en el bar, Katie y su hombre dominicano estaban bailando toda la noche. Decidí ir a sentarme en el bar y simplemente ver las interacciones sociales de todo el mundo desde la distancia. El cantinero me preguntó, "¿Qué tomas?", lo cual es de argot dominicano que se utiliza, "¿qué le gustaría beber". Pedí la bebida dominicana popular llamada "presidente" que era una cerveza local. Mientras estaba sentada en el bar disfrutando la música y mi cerveza helada, uno de los guardias de seguridad dominicanos – cuyo nombre no puedo recordar... ¿Tal vez fue José? En fin—se me acercó. Él era un hombre muscular vestido de negro. Basado en la primera apariencia, me daba miedo. Se

me acercó e inició una conversación conmigo. Al principio, estaba asustada y nerviosa. Me dije a mí misma, "¿debo actuar como si no lo entendiera para la comodidad personal? ¿O debería ir a por ello y tratar de hablar español?". Decidí ir a por ello. Decidí darle una oportunidad y practicar mis habilidades de habla hispana con el guardia de seguridad.

El guardia de seguridad y yo teníamos una conversación acerca de lo que me trajo a la República Dominicana en el primer lugar, y cómo yo era de América. Parecía muy interesado en lo que estaba diciendo. Creo que realmente me comprendía en su mayor parte también mientras estaba hablando, hablamos por lo que pareció a una eternidad pareció una eternidad, a pesar de que en realidad fue sólo aproximadamente 30 minutos. Yo sabía que mi español no era del todo perfecto pero él trabajaba conmigo y era muy paciente. Él me corrige cuando hacía errores tontos que era muy útil para mí y al mismo tiempo divertido a él. El guardia de seguridad que impulsó mi confianza en mis habilidades de habla hispana. A medida que continuamos a hablar, me di cuenta que en realidad teníamos muchas cosas en común. Por ejemplo, que ambos disfrutábamos el baloncesto, el ejercicio y los perros. Esa noche, el guardia de seguridad y yo compartimos un montón de risas, y aprendí mucho.

Mi noche en el club con el guardia de seguridad en el bar fue inolvidable. Si pudiera describir esa noche en una palabra, sería "Chévere", como dicen los dominicanos. Me había olvidado de mis temores de la noche y he aprendido mucho acerca de alguien que era diferente de mí. El guardia de seguridad me enseñó una lección valiosa esa noche. Aunque existen barreras entre las personas, como las barreras culturales y de idioma, eso no quiere decir que no podamos compartir el interés común. Esa noche en el bar/discoteca el guardia de seguridad y yo compartimos un momento que siempre

recordaré. Aunque el momento no duró mucho tiempo él ha impactado mi vida. El guardia de seguridad me enseñó que no todas las personas tienen intenciones maliciosas. Antes de la noche en el bar, estaba aterrorizada de hablar con extraños porque quería quedarme sola porque era lo más seguro.

Para el resto de mi viaje en la República Dominicana, especialmente en Cabarete, estaba más relajada y me sentía más inmersa en la cultura. Me encontraba tratando de participar más en la conversación con la gente y aprender un poco sobre ellos, mientras que hablábamos. Cuando mi viaje terminó en la República Dominicana, y era hora de regresar a los Estados Unidos de América, no me sentía frustrada, emocional e incómoda. Me sentía realizada, confiada y agradecida. Había logrado practicar mis habilidades de habla hispana. Gané confianza en mis habilidades de habla hispana debido a mi conversación con el guardia de seguridad. Por último, yo estaba agradecida. Apreciaba el tiempo que el guardo de seguridad tomó de su noche para hablar conmigo. Él no tenía que hacerlo. Apreciaba su gesto amable, ya que me hizo querer ser más amable y abierta a hablar con diferentes personas como el guardia de seguridad fue conmigo. La República Dominicana me enseñó que yo no debo juzgar a personas sólo porque son diferentes. También desde mi confianza en mis habilidades de español, intento hablar español con la mayor frecuencia posible. Por ejemplo, cada vez que voy a mi restaurante favorito mexicano de Monterrey, hablo sólo español con el camarero/camarera. Un día en el futuro, quiero volver y visitar la República Dominicana.

La guitarra vieja

Mason Cantey

El aire era suave y fresco. Las estrellas y la luna alumbraban la aldea tranquila, El Porvenir. Los únicos sonidos que impregnaban el silencio eran el susurro de la flora y la voz de una guitarra vieja y un poco desafinada. Normalmente, la guitarra no estaba canturreando tan tarde en la noche. Normalmente, estaba descansando en la pared de su casa, sobre las botas y machetes, pero no esta noche. Esta noche, la guitarra estaba cantando fielmente las notas que pulsaban los dedos resistidos de su dueño porque esta noche él se sentía más gastado que lo usual.

El ruido de los gallos pareció más temprano el próximo día. Rogelio abrió sus ojos y giró a un lado de la cama. Una camiseta vieja se cayó bajo su pierna, lo que ocurría a menudo. Rogelio recolocó la camiseta en la madera bajo la frazada donde dormía cada noche. Empezó a vestirse mientras su esposa, Lúa, e hija, Sofía, preparaban el desayuno para Rogelio y sus dos hijos. Rogelio comió su desayuno de arroz y un huevo rápidamente, como siempre, así que podía tocar su guitarra para un ratito antes de que tenía que salir para trabajar en el campo. A Lúa le encantaba cuando él tocaba su guitarra porque le hacía sentirse tranquila y cómoda.

A Rogelio nunca le había gustado mucho trabajar en el campo. Sin embargo, él no sabía nada aparte de cultivar café y despejar los campos. Rogelio nació y creció en El Porvenir, jugando “guerra” y otros juegos en los mismos campos de café donde ahora trabajaba. Eran los precisos campos de café donde se había escondido llevando un rifle sobre su hombro para poder proteger su familia y su aldea durante la revolución. Es cierto que a Rogelio nunca le gustó mucho el trabajo del campo, pero valía la pena para vivir en

un lugar tan bello con gente que se apoyaba unos a otros. También, Rogelio no tenía que competir con el ruido de la ciudad cuando tocaba la guitarra.

El campo le llevó recuerdos de su abuelo también. Éste había tocado la guitarra cuando Rogelio era jovencito, y eventualmente le enseñó a tocar. Su abuelo siempre tocaba la guitarra para la familia después de la cena y Rogelio siempre le pedía que tocara una canción más cuando era la hora de acostarse. A veces, Rogelio y su abuelo se escurrían de la casa para poder tocar la guitarra durante la noche. Cuando su abuelo murió, Rogelio guardó su guitarra, y ahora él la mantenía. Él estaba más contento cuando su trabajo estaba terminado y podía hacer cantar esa guitarra y disfrutar la vida del campo.

Con sus botas y machetes Rogelio y el resto de los hombres de la aldea salieron por los campos, mientras las mujeres se quedaron para limpiar y ordenar el café. Con un machete en la mano, Rogelio cortó las ramas de las plantas cultivadas de café para que el café creciera para la próxima cosecha. El trabajo era monótono pero necesario para mantener a su familia y otros miembros de la aldea. Mientras estaba escuchando el tintineo monótono del machete cortando las ramas, Rogelio golpeó una rama de tal manera que causó que el machete reverberara. Esta reverberación produjo un timbre hermosísimo que armonizó con los sonidos de la montaña. Rogelio paró por algunos segundos con sus ojos cerrados porque el sonido le recordó su guitarra, esperando en casa.

A las dos de la tarde, los hombres regresaron de los campos para almorzar. Rogelio caminó en la vereda a su casa donde Lúa había preparado el almuerzo. Después de quitarse el sombrero, almorzó mientras hablaba con su esposa y su hija sobre el día.

Normalmente, Rogelio no hablaba mucho, pero hoy estaba de buen humor. Terminó su almuerzo y se levantó de su silla en la cocina para jugar con su nieto, que estaba pateando un futbolito en la sala principal. Rogelio pateó el balón por un ratito y entonces giró en la dirección de su cuarto para traer su guitarra.

Cuando entró en su cuarto, su guitarra no estaba en la pared. Preguntó a Lúa si la había movido, pero ella le respondió que no la había tocado. Rogelio continuó buscando la guitarra cuando notó una manta en la esquina de su cuarto. Levantó la manta y encontró la guitarra en el barro con un rayón en un lado y dos cuerdas rotas. Rogelio recogió la guitarra del piso y la miró con una cara de tristeza y también frustración. Trajo la guitarra a la sala principal e instantáneamente él sabía qué había pasado, porque su nieto ya había salido y el balón estaba situado en el piso cerca de la puerta.

Rogelio encontró a su nieto cerca de la casa llorando. Se arrodilló despacio con una mueca de dolor en su cara. Su nieto no lo miró inmediatamente pero con su guitarra en las manos, Rogelio empezó a enseñarle sobre la guitarra y cómo la recibió. Su nieto giró su cabeza un poquito y le preguntó a su abuelo si la guitarra estaba arruinada. Él le aseguró que podía reparar las cuerdas y el rayón no afectaría el sonido de la guitarra. El llanto se redujo a un sollozo, y para alegrarle, Rogelio dijo a su nieto que quizás la próxima vez podían jugar al fútbol fuera de casa. Su nieto sonrió y lo abrazó.

Rogelio empezó a enseñar a su nieto a tocar la guitarra. Él empezó a tener muchas ganas de pasar tiempo con su nieto, tocando la guitarra y compartiendo la alegría de hacer música. Cada día después de trabajar en los campos, Rogelio se sentaba con su nieto y le mostraba las notas y los acordes, y en breve su nieto podía tocar canciones básicas que Rogelio aprendió cuando era joven. Después de varios años, su nieto había aprendido

mucho sobre la guitarra. Había aprendido tanto que ya había empezado a crear sus propias canciones. Esto le complació a Rogelio.

Rogelio sabía que su nieto tenía mucho talento y que, con su aptitud y deseo de mejorar, se volvería más hábil que él mismo con la guitarra. Rogelio trataba de decirles a personas de otras aldeas sobre la aptitud de su nieto. Quería que su nieto tuviera la opción de salir del campo y mejorar su vida. Quería que su nieto tuviera la habilidad de hacer la elección de quedar en el campo o salir y hacer una vida fuera de El Porvenir.

Varios años pasaron y Rogelio estaba volviéndose mas débil, sin embargo era fuerte todavía para su edad. Estaba listo para trabajar más temprano que lo normal hoy. El había organizado un concierto para la aldea donde él y su nieto tocarían algunas canciones. Estaba escuchando el tintineo monótono como cada día, pensando en el concierto inminente. Cuando el trabajo estaba casi terminado, se topó con una planta más grande que lo usual. Trató de cortar una rama, pero era mas abundante que las otras. Rogelio agarró la rama y la dobló para hacerla más fácil para cortar. Golpeó la rama y el machete reverberó haciendo el timbre que tanto le gustaba a Rogelio. Pero el timbre del machete estaba ahogado por el grito pavoroso de Rogelio.

Normalmente, Rogelio no le haría tocar tan tarde en la noche pero le encantaba tanto la guitarra. El aire estaba tranquilo y fresco, y Rogelio tenía los ojos cerrados escuchando a su nieto tocar la guitarra. Abrió sus ojos y con una lágrima miró su mano destrozada. Mirando a su nieto y sonriendo, escuchó mientras la guitarra vieja cantaba fielmente.

Lirios del día

Mary Baldwin

En el funeral de Valentina había lirios blancos, y los dibujaron en los pósteres que colgaron de las farolas del vecindario, en una colina fuera de la ciudad de Florencia. La misa del funeral ocurrió en la iglesia católica cerca de la casa. Cósimo frunció el cejo al ver las flores. A su abuela Valentina no le hubieran gustado las flores. Hubiera dicho que eran demasiado serias. Ella siempre prefería las flores en colores brillantes, amarillos y rojos y anaranjados. Los colores brillaban siempre en su apartamento, en las cortinas y mantas, los libros en la estantería organizados por color, y las flores que tenía siempre en la mesa. Para Cósimo los colores representaban su risa, humorosa y amable, y su amor por toda la raza humana. Durante la misa las llaves nuevas pesaban en el bolsillo de su traje, pero no estaba listo para usarlas. En Italia perduraban supersticiones sobre las almas – aunque todo el mundo católico creía en el cielo y el infierno, aún había leyendas de almas que permanecieron en la tierra para siempre. No quería molestar el silencio de su casa, todavía no.

“No debemos hablar demasiado de los muertos,” Valentina había dicho a Cósimo hacía quince años, después de la muerte de sus padres. “Así, no van a oír sus nombres y no regresarán a la tierra. Encontrarán el camino al cielo, y no sentirán que tienen una razón para quedarse aquí.”

Cósimo tenía siete años durante esta conversación. Ahora, una semana después del funeral de Valentina, ya sentía que era mejor no pensar en la muerte demasiado. Regresó al trabajo inmediatamente después del funeral, y se enfocó en su trabajo y sus clases de inglés. Salía con amigos cada noche y conducía o andaba por la ciudad porque

no quería regresar a su apartamento. Las llaves de Valentina seguían en su mesa, pero en su cama en la oscuridad pensaba que podía sentir la presencia de su abuela en el apartamento bajo el suyo.

Cósimo era el dueño de los dos apartamentos ahora. Cuando era niño vivía con su abuela después de que sus padres murieron en un accidente de coche viajando por el país. Tenía en su mente un recuerdo de sus padres saliendo, sentándose en el coche. Su padre acarició el pelo de Cósimo. “Regresamos pronto,” dijo sonriendo. “Sé bueno para tu abuelita. ¡*Arrivederci!* Gracias, Mamá.” El sol brillaba. Las flores anaranjadas en las cajas fuera de las ventanas estaban floreciendo. Cósimo lloraba cuando el coche desapareció tras la esquina. Una semana pasó, diez días, dos semanas, y finalmente Valentina le dijo que no iban a regresar. Cósimo y Valentina entraron en su apartamento arriba, y Cósimo ayudó a su abuela a limpiarlo y quitar las cosas de sus padres.

No pasamos demasiado tiempo de luto, Cósimo pensó en su cama diez días después de la muerte de Valentina. Pensarán que estamos felices sin ellos, pero Abuela, no es cierto. No sé qué debo hacer ahora. Tengo dos apartamentos sin familia, y tres fantasmas de los muertos.

Su tío, que vivía fuera de la ciudad, le llamó el próximo día. “Mira, sobrino,” dijo, “debes vender el apartamento pronto, antes de que te cueste más que puedas pagar. Sabes que te puedo ayudar.” Su tío era un agente de inmobiliario, y en el funeral había estado borracho. También fue su tío por matrimonio con una tía de Cósimo, sin relación familiar a Valentina. “Hay mucha demanda para casas cerca de la ciudad. A los americanos ricos les gusta Florencia. Todos quieren jubilarse aquí, y el apartamento es suficientemente grande para ellos. ¡Piensa en el dinero!”

Cósimo no quería pensar en el dinero. Ganaba dinero suficiente en su trabajo. Pero sí pensó en los americanos y los otros turistas. Uno de sus lugares favoritos era la Piazzale Michelangelo, encima de la colina en que se veía la ciudad entera. A diez minutos de la casa por coche, era un lugar favorito de Cósimo y Valentina. Cuando ella estaba demasiado ciega para conducir, Cósimo la llevaba dos o tres veces cada semana para ver la puesta del sol. Siempre había mucha gente. A Cósimo no le gustaba la muchedumbre pero a su abuela le encantaba. “Mira,” decía, señalando con el dedo a un hombre con una cámara grande o una mujer en un sombrero extraño. “Estas personas han cruzado mares para ver lo que tenemos aquí. Qué suerte tenemos, Cósimo.”

Qué suerte de verdad, Abuela, pensó después de colgar el teléfono. Decidió ir a la Piazzale, que no había visto desde la muerte de Valentina. Aparcó el coche y anduvo a la barandilla para ver toda la ciudad abajo. Miró la selva de los techos rojos, la forma grande del Duomo como la espalda redonda de un gato durmiendo, y las montañas al fondo que parecían parte del cielo, espléndido con nubes rojos y amarillos.

Escuchó una conversación en inglés entre tres estudiantes cerca de él mientras sacaban fotos en sus móviles.

“Ojalá pudiéramos encontrar un *er-bi-en-bi* más cerca de aquí,” dijo una de las chicas.

Cósimo frunció el cejo. No conocía la palabra. La primera parte le parecía similar a ‘aire.’

“Si,” dijo la otra suspirando. “Quizás no hay apartamentos vacíos en esta parte porque es tan bella.”

“Oye, vamos a perder el autobús,” dijo el tercero, un chico. “Vamos ya.”

“¿Por qué no corre más tarde?” se quejó la chica.

“No sé, pero ¡no voy a pagar un taxi! ¡Que nos vamos!”

¿Apartamentos vacíos? Bueno, Cósimo sabía de uno...

Esa noche no regresó a su casa. Primero fue al piso de abajo. Vaciló un momento en frente de la puerta verde. Notó con culpa que las flores en las cajas estaban marchitando porque no les había dado agua. Abrió la puerta y permitió que el aire viejo escapara.

Todo fue como lo había dejado. Los pisos de madera oscura que daban a la casa su olor rico y viejo, paredes amarillas. Fotos y cuadros de flores en las paredes, libros, el baño pequeño con su ventana grande. Y vacío de huéspedes, risas, y familia. La única cosa que a Valentina no le gustaba era una casa vacía. Cósimo preparó bolsas de basura, como había hecho la primera vez, después de que sus padres lo dejaron.

“Las cosas que tenemos no son tan importantes,” le había dicho su abuela aquel día. “La ropa, los zapatos, libros, todos son inútiles para los muertos. Así que a tus padres no les importará cuando tiramos las cosas que ahora no necesitan.”

“Y cuando vean que sus cosas se han ido, van a querer salir de la tierra, ¿verdad?” Cósimo preguntó.

Valentina se rió entonces, un sonido que alejó el miedo y la tristeza. “Verdad.”

Cuando sacó la primera chaqueta del armario y la puso en la bolsa, las otras fueron más fáciles. El olor dulce de su abuela estaba en todas partes y lo perseguía. Puso la ropa en las bolsas para donar. La comida fue para la basura. Los libros, camas, decoraciones, toallas, y otras cosas necesarias se quedaron allí. Cósimo guardó las fotos de la familia y tiró las demás.

El trabajo duró mucho de la noche. Abrió una botella de vino viejo que encontró en la cocina, el tipo que Valentina siempre servía con jamón a sus huéspedes cuando venían. Bebían vino y charlaban por horas, y después comían la cena. Cuanta más gente mejor para Valentina, aunque Cósimo a veces prefería el silencio.

El próximo día Cósimo buscó en el internet lo que habían dicho los estudiantes del Piazzale, y lo encontró: Airbnb, un sitio en que los viajeros podían pasar la noche en una casa o salón vacío, como un hotel privado. Creó una cuenta y esperó la aprobación.

Su tío lo llamó otra vez esa mañana, y comparó los precios diferentes. Sería más lucrativo, su tío regañó, venderlo. Era un apartamento grande y bello. “¿Para qué arruinarlo y tratarlo como un hostel? Mira, a ella no le importa qué haces. Está muerta, sobrino. No necesita su apartamento ya.”

Cósimo vaciló en la cocina de su abuela con el teléfono apoyado en el hombro. Tenía una copa de manzanilla, que Valentina siempre bebía para calmar los nervios y ayudar con la digestión. Presionó la bolsita de té al lado de la copa con una cuchara y miró el líquido anaranjado arremolinándose en el agua caliente. Claro que el dinero sería útil. Su coche no funcionaba bien, y las clases de inglés no eran baratas. Para conseguir una novia necesitaría dinero. Y además, a Valentina no le importaría, ¿verdad? En este momento una brisa ligera entró por la ventana abierta, llevando con ella el olor de las flores. Respiró hondo y respondió a su tío.

Una semana después sus primeros huéspedes llegaron, cuatro estudiantes estadounidenses. Cósimo los recogió de la estación de trenes, y antes de llegar a la casa pararon en la Piazzale. “Aquí está mi ciudad,” les dijo, y miró mientras se rieron y sacaron fotos de la puesta del sol. En la mesa del apartamento había puesto lirios del día frescos.

Agua de rosas

Tara Hartford

El océano es la cosa más bonita que he visto, pero me parece que nadie más lo nota. Todas las catorce personas miran el pequeño barco inflable en la arena. Tienen tanto miedo en sus ojos que yo no quiero mirarlos. Por eso, continúo mirando el océano en silencio hasta que mi hermano, Elías, me toca en la mano. “Esto es tuyo,” me dice mientras me da un chaleco salvavidas. “Te ayuda a nadar. Lo llevas, y no lo compartes con nadie.”

Mientras caminamos en la arena al barco, oigo una pareja que dicen, en voz baja, que hay guardias en el otro lado que intentan reventar los barcos antes de que los barcos puedan llegar a la costa. Abordamos el barco de todos modos. Cuando la primera ola que es tan grande como el barco nos golpea, dejo de mirar el océano. Cierro los ojos y agarro a mi hermano. Todos están en silencio, y yo tengo que contener mis gritos. Cierro los ojos, y espero el momento en que Elías me levante.

Estaba acostumbrada a que mi hermanos me despertaran. En Homs, compartíamos un cuarto, y muchas veces ellos salían hasta muy tarde en la noche. Volvían e intentaban cerrar la puerta muy silenciosamente. Si veían que mis ojos todavía estaban abiertos, algo que pasaba a menudo, me guiñaban y decían “¿Qué pasa, Halah? Niñas de siete años deben estar dormidas.”

A veces me tarareaban melodías, canciones a que me decían que bailaban cuando salían con sus amigos. También me preguntaban lo que yo había hecho ese día. Yo les contaba cuentos como que había contestado correctamente una pregunta muy difícil en mi clase de matemáticas, que dibujé dibujos con amigas después de la clase, que de

camino a casa pasé por el árbol de limón enfrente de la casa de Abuelo y me llevé un montón de limones en la falda de mi pequeño vestido rosado (y que Abuelo no estaba exactamente feliz por eso), y que cuando llegué a la casa mamá se rió y cortó uno para compartir en el té. Me encantaba relatarles esos cuentos, y esperaba casi siempre para el momento en que se dieron cuenta que yo estaba despierta. Escuchaban y cantaban en voz baja hasta que yo me dormía.

Hasta que un mes, mis hermanos dejaron de salir. Y mamá me dijo que yo no estaba permitida pasar por la casa de Abuelo, ni para los limones, ni para nada. Tenía que ir a la escuela y volver directamente a la casa después, me dijo. Durante la escuela, algunos niños en la escuela comenzaban a hablar sobre una parte de la ciudad que fue destruida, como si un gigante hubiera tirado rocas en todas las paredes. Un par de niños no aparecieron en la escuela esta semana, ni nunca más. Lentamente, más y más niños comenzaron a desaparecer de la clase. Una vez, cuando había un mes más tranquilo, desobedecí a mamá y fui con amigos a jugar en el barrio viejo como solíamos hacer. Encontramos escombros. Con algunas de las piedras y los escombros, construimos casas pequeñas, como para muñecos. Fingíamos que reconstruíamos la ciudad entera de nuevo.

Durante estos meses, mis hermanos me hablaban a veces, pero casi nunca cantaban ni se reían. La próxima vez que me despertaron por la noche, era porque estaban peleando y gritando. Karam y Hassan se marcharon esa noche. Tarek, el mayor, me dijo que fue porque tenían miedo de que el gobierno iba a decirles que necesitaban luchar en el ejército. Dos meses más tarde, el gobierno hizo esta orden para Tarek, y él se fue. Después sólo éramos Elías, Mamá y Papá, y yo. De repente fue mi turno. Una noche, Elías me levantó y me dijo que iríamos a Alepo la próxima mañana, y después

intentaríamos cruzar la frontera a Turquía. A la mañana, me fui con Elías, aunque Mamá y Papá se quedaron en casa. Elías intentó forzarles a ellos a irse con nosotros, pero Mamá dijo que no. Dijo que ella y papá querían una casa a la que mis hermanos y yo podríamos regresar un día. Dijo que todavía creían en el gobierno. Yo no entendí esto, porque en la escuela las personas estaban diciendo que el gobierno era el que estaba bombardeando. También una amiga me dijo que el gobierno estaba atacando a los médicos que intentaban ayudar a ciertas personas. Mamá sacudió la cabeza. “Está luchando por nuestro país. Hay personas peores aquí.”

Yo no podía entender quién podía ser peor, pero espero que todavía no haya tocado mi casa. Ahora todavía pienso en casa, y que Mamá está allí comiendo limones y riéndose.

En Turquía, vivimos en un campamento que me hizo extrañar los escombros de mi país. El primer día, intenté hablar con otros niños, pero ellos hablaban un idioma extraño, aunque creía que eran de Siria. Había muchas personas allí, viviendo muy cerca, pero tenía dificultades de comunicar con muchos. Me parecía que muchos tenían dificultades con eso. Crearon líneas entre diferentes grupos que hablaban el mismo idioma, como barrios, pero con poca comida y caras tristes. Hasta que Elías y yo encontramos nuestro grupo, caminamos a través de muchos barrios de personas que nos dieron miradas feas. Elías dijo que había muchas personas de muchas regiones de Siria y de muchos otros países, y cada país estaba en competición con el otro para las entradas a Europa. Cuando pregunté la razón que otros querían salir de su país, él se encogió de hombros. “Todos están luchando contra algo,” él dijo. “No como nosotros en Siria, pero todavía luchando.”

Pronto nos dimos cuenta de que aunque nuestro plan era ir a Alemania, todos tenían este plan. Y casi nadie tenía éxito. Así esperamos hasta que pudiéramos mover otra vez.

Una vez, fui afuera del campamento a un pueblo cercano. Vi a unas personas que parecían de las edades de mis hermanos, pero parecían europeos. Estaban sentados al lado de una fuente, riéndose y mirando un mapa. Localizaban rutas a través de países con los dedos. Se veían afectados cuando me vieron. Volví al campamento y esperé el momento en el que Elías y yo pudiéramos cruzar estas fronteras también.

* * *

Después de unas horas, el océano se pone tranquilo. Abro mis ojos. Todos están manteniendo alta alerta. Pero no vemos a nadie más, y nadie nos ataca. Mientras nos acercamos a la costa, comenzamos a ver flores y pétalos bonitos flotando en el agua. Elías recoge una y me la da. Cuando encontramos la costa, no hay nadie allí, nadie para explicar las flores. En una mano tengo mi flor, y Elías toma la otra mano. Caminamos en silencio. Eventualmente nos encontramos con una pareja en el camino detrás de la playa. Ellos van a ayudarnos con el resto del viaje. Ellos hacen un gesto a mi flor mojada, los pétalos casi caídos. “Για το χαμένο,” dicen. Continuamos caminando

El futuro

Kayla Hill

Mi tenedor golpeó el plato y oí un grito. El grito fue mío. Miré a Zenobia como se fue. Tengo miedo para el futuro de mis hijos.

Éramos diferentes. Vivimos en un país al que no le gustamos y realmente, nunca le hemos gustado. Afortunadamente, el sur era mejor que las otras partes. Había arquitectura, costumbres, y comida que representaban el tiempo cuando mi gente tenía el poder. Mi esposo y yo escogimos este lugar para nuestra familia porque queríamos que nuestros niños conocieran su cultura. Nos gustaba nuestra cultura, pero los otros no tenían las mismas opini-

“Nahla, ¿dónde están mis zapatos? Necesito ir al parque por Asim y Zenobia.”
Paré de cortar las verduras para el fattoush y caminé a través del salón a la ventana.

“Los he buscado. Estaban en frente del Corán.”

“Gracias cariño. Me voy. Hasta pronto.” Tenía miedo cuando salió. Ya sabía lo que la gente pensaba sobre Fatik. Un hombre con una cara morena y pelo café es siempre un moro. No me gustaba este estereotipo pero mi esposo no podía cambiar una regla que había existido desde hacía siglos. Con la historia de España, nadie podía cambiarla. Mis niños estaban creciendo durante un tiempo difícil. Sabían que nuestra cultura era buena pero la imagen que el mundo recibía no era la misma. Los medios habían igualado nuestra religión a los terroristas que son una población pequeña de nosotros y además, decían que todas las personas que se parecían a mi familia apoyaban sus acciones. Por supuesto no era verdad, pero nadie nos escuchaba. Fatik y yo no habíamos hablado con Asim y Zenobia sobre este tema. Mis gemelos tenían 15 años y no quería llenar sus

cabezas con los problemas de la sociedad, pero realmente quería que mis niños estuvieran conscientes del peligro de ser un musulmán hoy en día. Esa noche planeaba hablar con ellos. “¡Hola!”

“Muy buenas mis hijos.”

“¿Mamá qué vamos a comer para la cena?” me dijo Asim.

“Vamos a comer fattoush. Llamas a tu hermana y ponéis la mesa.”

“No. Soy un hombre. Poner la mesa es un trabajo para las mujeres.” Este comentario me sorprendió. Nunca había problemas con Asim. Él siempre me ayudaba en cualquiera manera que le pedía. La cena que siguió fue terrible. Con el permiso de Fatik, hablamos sobre el significado de ser musulmanes en Europa. Los temas de tradiciones fueron los principales. Les dije que no quería que ellos hicieran cosas malas o promovieran los estereotipos. Pensé que me entendieron pero no les gustaba el mensaje. Ya conocía a mis hijos y sabía cuándo me escuchan. Expliqué que había papeles de género que debíamos seguir como las mujeres llevando los hiyabs y los hombres defendiendo nuestro honor. Toda mi familia me miraba como la chica afro-americana que yo había visto en la calle por la mañana, extraño.

“Dije algo malo? Es como la fiesta de moros y cristianos. Cada año millones de personas llevan ropa ‘musulmana’ y caminan en la calle, y ¿para qué? No es una buena representación de nuestra cultura aquí.” Nadie me respondió. Pensé que mi esposo tendría las mismas ideas, pero no. Ya sabía sobre su pasado y su reacción calmada a la conversación de la violencia de los terroristas me daba miedo.

“Pero mamá, muchos estereotipos son sobre los hombres. Los estereotipos para las mujeres son peores.”

“¿Qué quieres decir Zenobia?” Me miró con ojos huecos como si debiera saber la respuesta.

“Nada mamá. El fattoush está tan bueno...”

Desde aquel momento, me di cuenta que las acciones de Asim y Zenobia habían cambiado. Usualmente, después de la cena, leían el Corán con su papá. Ahora, sólo Asim y Fatik leían y no incluían a Zenobia. No me gustaba para nada y podía ver el principio de una división entre mi hija y su padre. El respeto por su padre y sus deseos había desaparecido con cada día. Empecé a encontrar periódicos españoles en la habitación de Asim y Zenobia sobre la cultura popular de los jóvenes en España y Zenobia estaba en el baño por mas tiempo jugando con su pelo. También Asim nunca estaba en casa después de la cena. Una noche cuando Zenobia puso la comida en la cocina, caminé a la ventana y vi que Asim fue en un coche pequeño con una bandera negra en la ventana. No podía ver qué estaba en el centro de la bandera, pero podía imaginarlo. Decidí hablar con Fatik sobre nuestros hijos, pero me ignoró. Me dijo, “Nuestros niños están creciendo y si quieren cambiar sus actitudes, pueden cambiarlas.”

“¿Aunque sus acciones no sean buenas a los ojos de Alá o de nosotros tampoco? Su hija está experimentando con su pelo... ¡su pelo Fatik! Su sexualidad. Quiere llevarlo como las mujeres españolas. ¿Está bien para ti? O su hijo que desaparece cada noche con sus amigos nuevos a que nosotros dos nunca hemos conocido.”

“Las tradiciones son diferentes hoy en día para nuestros niños. Los hombres necesitan defender el islam y las mujeres protegen la casa.”

“Así que apoyas la mentalidad nueva de Asim y Zenobia que no quiere llevar su hiy-..” Me golpeó. Traté de no gritar pero no pude confinar mi voz interior. Otra vez su

mano rompió mi piel y el sabor de sal se cayó en mi boca. Subió su mano otra vez y paró. Podía ver en sus ojos la noche trágica en Alicante cuando su ira lo controló. Se fue. Lloré en el suelo.

Los meses pasaron y continué viendo los cambios en toda mi familia. No hablaba mucho con Fatik y Asim nunca estaba en casa. Sólo tenía a Zenobia. Por eso, quise cocinar la comida favorita de la familia, guiso de carne de res con especias de Marruecos. Esperaba que pudieran discutir qué había pasado entre la dinámica de nosotros. Llamé a la familia para la cena y descubrí que Asim no estaba en casa. Nos sentamos juntos en la mesa en silencio. Sólo el sonido de los tenedores rompía la tensión.

“¿Dónde está Asim?”

“Afuera” me dijo Fatik.

“¿Antes de la cena? No, no. Necesita estar aquí en casa con su familia.”

“Está bien Nahla.”

“¿Cómo sabes esto Fatik? No he visto a Asim hoy...”

“Porque yo fui a conocer a sus amigos nuevos. Los conocí y me gustan sus ideas. Van a proteger el honor de Alá y el islam.”

“¿Qué dijiste Fatik? Nuestro hijo es un islam- ...” Zenobia se fue de la mesa tirando su plato al suelo y corrió en la dirección de la puerta.

“¿Zenobia adónde vas?”

Llorando, gritó, “A la calle, papá.”

“¡¿SIN SU HIJAB?! NO TE LO PERMITO. VEN AQUÍ AHORA. ¡VAS A DESHONRAR A NUESTRA FAMILIA Y ALÁ!”

Yo no podía moverme. Fatik fue a la puerta con Zenobia.

“No quiero llevar mi hiyab papá. No creo en Alá como vosotros. Puedes leer con Asim. ¿Verdad?”

Mi tenedor golpeó el plato y oí un grito. El grito fue mío. Miré a Zenobia como se fue. Tengo miedo para el futuro de mis hijos.

El sueño perdido

Brendan Jackson

"¿Cuánto dinero ganaste?"

"¿Por qué te importan mis ganancias?"

"Mira, nena...ya tú sabes que tengo que entregarle el dinero de todas las chicas a Wang Yuqian cada noche. Es mi trabajo."

"No tengo ningún dólar. Cuando.."

"Li Mei, vete y obtén mi dinero ahora mismo y si no lo haces..."

"Cálmate...¡te entiendo!"

Después de que Ke Lin había salido, Li Mei empezó a llorar. Ella sabía que si no obtuviera el dinero, Ke Lin se lo diría a Wang Yuqian y tan pronto como averiguara, le daría una paliza a ella. Ella sabía que Yuqian ya se la tenía jurada y le gustaría hacerle daño si sus ganancias no fueran bastante. Ella no tenía otra opción, sino volver a tratar de ganar el dinero que falta.

* * *

El doctor entró en la sala y les anunció a los padres nerviosos: "¡es una chica!" Los padres no parecían felices, sino enojados. Habían querido un hijo. ¿Qué podía hacer una mujer en esta sociedad? Rara vez una mujer podía asistir a la universidad o trabajar para las compañías famosas. Habían pensado que sería un chico. Se enfrentaron a una decisión muy difícil. Podían deshacerse de la bebé y volver a crear otro bebé que podría ser un chico o podían guardar la bebé. Eso es lo que querían - un chico. Él podría llegar a ser un estudiante trabajador en la universidad. Un chico podría llegar a ser médico,

abogado o gobernador. Él tendría la oportunidad de ganar mucho dinero. Esta chica jamás sería capaz de lograr estas cosas.

Aunque los padres no la querían, decidieron que la guardarían. Y ahora, dieciocho años después, Li Mei todavía sentía el arrepentimiento que tenían sus padres. Siempre le decían que no era poderosa ni inteligente. Ella empezó a formar la idea de que su cultura no valoraba a las chicas, sino a los chicos. Si una familia tuviera una chica pensaría que ella no podría ser tan exitosa como un chico podría ser. Cuando estaba en la escuela, Li Mei era la estudiante más inteligente pero el profesor lo negaba. Él siempre le decía que el segundo estudiante, que era un hombre, era más inteligente que ella porque algún día él podría convertirse en algo profesional. ¿Qué debería hacer para ganarse la vida en esta sociedad sexista?

Li Mei decidió que solicitaría a muchas universidades para tener muchas opciones de salir de su pueblo pequeño y convertirse en abogada o doctora. Sin embargo, ninguna de las escuelas la admitió. Durante este tiempo las universidades solamente tenían pocas becas para ofrecer a los estudiantes que las necesitaban. Por desgracia, ella no recibió ninguna de ellas. Li Mei estuvo muy enojada y pensó que debería asistir a la universidad a cualquier precio. Ella les preguntó a sus padres si la ayudarían a pagar el costo de la matrícula. Sin embargo, sus padres no podían permitirse pagarla. Aquella noche, Li Mei lloró y lloró hasta que sus ojos ya no podían producir lágrimas. Ella solía cuestionar a Dios: "¿por qué me hizo mujer? ¿Quería que sufriera así? No lo entiendo." Dentro de su corazón, ella sabía que quería asistir a la universidad de Beijing y lo iba a hacer a cualquier precio.

Ya había llegado el otoño y era hora de empezar a matricularse en las clases en la universidad. Li Mei todavía no tenía suficiente dinero para pagar su educación. Ella no tenía ninguna opción. Empezó a buscar trabajos disponibles pero todos los jefes le dijeron que necesitaba un título universitario para trabajar para sus compañías. Después de averiguar que no podía trabajar para las compañías, ella no sabía qué más podía hacer. Algún día, después de desayunar, Li Mei decidió que daría un paseo. Mientras andaba por la calle un hombre la llamó y le preguntó si necesitaba dinero. Li Mei lo reconoció. Era Ke Lin. Él se graduó del mismo colegio que había asistido ella. Ella le preguntó qué tipo de trabajo tendría que hacer. Ke Lin le dijo que podía usar lo que Dios le había dado. Ella se enojó. Le respondió que no se ganaría la vida así. Ke Lin se rió a carcajadas y le dijo que todas las mujeres tuvieron ganarse la vida así en China. A Li Mei él le repugnó. Llena de mucha rabia ella gritó. Sin ninguna esperanza, ella decidió que lo haría para poder permitirse el costo de la matrícula.

Esta noche fue su primera noche. Allí en las calles esperaba ella...y esperaba y esperaba. Cada vez que pensaba que había visto la jingcha¹, se escondía detrás de un edificio. Cuando se iban ella volvía a esperar en la calle. Por fin oyó la risa de algunos hombres. Le parecían jóvenes y ajenos. Habrán sido europeos porque ninguno de ellos habló el idioma chino. No, no eran europeos, sino americanos. Dos de los jóvenes se vestían camisetas que anunciaban: Nueva York. Aún un joven moreno con ellos. Sin duda, podría encontrar a un cliente. Pensó que éste era el momento.

“*Hello!*” dijo Li Mei en el poco inglés que sabía.

¹ Jingcha (警察): la policía en China.

“你好²!” respondió el joven moreno.

¡Maldito sea! Los jóvenes sabían hablar el idioma chino. ¿Cómo podía saber hablar el idioma chino un moreno? No lo hablaban en los Estados Unidos y especialmente en África.

“请问, 淑女, 你需要什么呢³?”

“算了吧⁴!”

“你若需要帮助, 我们就可以给警察打个电话哪⁵.”

“他妈的⁶!”

Después del intercambio de palabras, los jóvenes siguieron caminando. Li Mei todavía necesitaba encontrar un cliente. Este trabajo no era tan fácil como había pensado originalmente. Sabía que tendría que encontrar a alguien si quería ganar dinero.

Ella finalmente encontró a un cliente que quería pasar la noche con ella. Él le parecía nervioso e inquieto. Él se movía con mucha rapidez. Le dijo que tenía ganas a Li Mei. Él estaba listo para empezar. Le informó que quería chingarla ahora mismo. Li Mei jamás había oído tan malas palabras antes. ¿Por qué hablaba así? No era sexy y le hizo sentir como un animal. Sin embargo, fueron a un hotel. Ella se quitó la ropa y de pronto el hombre la atacó. No pudo gritar. No pudo escapar. No pudo hacer nada. Ella sintió como si sufriera un choque anafiláctico. No pudo moverse. Ella quería gritar pero ningún sonido en su garganta se pudo formar. Trató de luchar pero él era demasiado fuerte. Él la

² Ni hao (你好): la manera en que los chinos se saludan.

³ Discúlpeme, señora, ¿que necesita?

⁴ ¡No se preocupe!

⁵ Si necesita nuestra ayuda avísenos para que podamos llamar la policía y puedan ayudarla.

⁶ ¡Carajo!

puso en la cama y la golpeó. La violó sin parar. Después de que terminó, Li Mei sintió como si el diablo hubiera tomado su alma. Se había ido al infierno. Era como un laberinto. Quería escapar pero cada esquina al que llegó había otra trampa. También el calor. El calor la quemaba y su carne empezó a derretirse. ¿Que ha puesto el hombre dentro de mí? pensó Li Mei. Se enfermó.

El hombre salió y no le dio dinero por su servicio. Li Mei tuvo que decirle a Ke Lin pero no sabía cómo hacerlo. Él la mataría definitivamente. El dinero era algo serio en las calles. Cuando llegó al apartamento de Ke Lin, éste empezó a preguntarle cuánto dinero ganó. Le dijo que no había ganado ni un dólar y Ke Lin se enojó. Quería que ella volviera a la calle y encontrara a otro cliente. Li Mei sabía que si no ganara dinero, Wang Yuqian le diría a Ke Lin que la golpeará. Ella no tenía otra opción, sino volver a tratar de ganar el dinero que faltaba. Su sueño de asistir a la universidad se estaba desapareciendo lentamente.

Dinero sucio

Jack McAlhany

“Envuelva la tacita de la Alhambra” el dueño de la pequeña tienda árabe me gritó en una voz muy dura y corta. Entendí esta frase pero todavía no entendía completamente el árabe, el español, o el inglés porque no había pasado mucho tiempo en Granada. Por eso, trabajaba muchas horas en la parte de atrás de la tienda envolviendo los regalos de todos los turistas y limpiando la tienda. Era muy importante que mi tienda destacara porque había muchas otras tiendas que también vendían objetos árabes en esta calle llena de turistas. Yo todavía no tenía dinero suficiente para pagar por mi habitación pequeña que estaba situada encima de la tienda. Recordé la orden del dueño y automáticamente alcancé con la mano unos de los periódicos que usábamos cada día para envolver los regalos de los turistas. Abrí el primer periódico y estaba poniendo la tacita en el medio cuando mi corazón se paró. En letras grandes y negritas vi las palabras “Boko Haram ataca otra ciudad nigeriana.” Busqué frenéticamente en el artículo la ciudad específica, pero ya sabía que era Borno, la ciudad de mi nacimiento y de mi familia.

Mi mente estaba ofuscada y no podía pensar en nada fuera de que necesitaba espacio para respirar. Me levanté y sin pensar caminé lentamente hacia el dueño y el turista y sin reconocerlos entré en la calle. No sabía adónde estaba caminando pero no me importaba. Giré a la izquierda y continué en frente de todas las tiendas árabes. Pensé en mi familia y, más importante, en mi hermana, quien tenía catorce años, casi la misma edad que las 276 niñas secuestradas más temprano en el año por Boko Haram. En el fin de la calle giré a la izquierda otra vez hacia al centro de Granada. Caminé más allá de una panadería, una farmacia y finalmente la estación de policía donde me paré durante

algunos minutos. Necesitaba hablar con mi familia y determinar si todos ellos estaban bien. A causa del precio de un teléfono yo no tenía ninguno, pero decidí entrar a la estación de policía y preguntarles si podía usar su teléfono para llamar el campamento de refugiados más cerca de mi ciudad. No tenía mucha confianza porque durante mis interacciones con el gobierno de Nigeria, cuando recibí un pasaporte para trabajar en Granada, vi que a ellos no les importaban los ciudadanos, sino los problemas grandes como los terroristas. Tardé tres años en recibir el pasaporte a causa de todas las verificaciones de antecedentes para asegurarse de que yo no había roto la ley. Ya que no tenía otra opción, entré a la puerta de la estación de policía y me acerqué a un policía. En español roto, le pregunté sobre el teléfono y él me permitió llamar. Después de unas horas recibí información que mi hermana estaba en un campamento de refugiados, pero mis padres todavía no se habían encontrado. Finalmente pude respirar un poco y pensar claramente porque por lo menos mi hermana estaba a salvo, pero todavía no estaba en una situación buena. Yo necesitaba ayudarle, pero no tenía dinero.

Mientras caminaba hacia mi habitación pensaba en una manera en que podía ayudar a mi familia sin regresar a Nigeria. Cuando regresé a la tienda el dueño me preguntó adónde fui y respondí sin preocupación que había problemas personales. Durante esta conversación no pensé en las preguntas del dueño sino en una respuesta a la situación con mi hermana. Cuando fui a la cama, decidí qué necesitaba hacer, y aunque era la última cosa que habría hecho normalmente, no tenía otra opción.

En la parte de la ciudad cerca de mi habitación había calles angostas y cortas al lado del centro de la ciudad donde la mayoría de los turistas empezaban sus días con los tours de la Alhambra y otros lugares interesantes. Formé mi plan y me desperté muy

temprano para poder hacer el acto y no despertar ningún tipo de sospecha porque llegaría al mismo tiempo que normalmente empezaba el trabajo. Salí de mi habitación a las 6:30 de la mañana, tomé una izquierda y entonces otra, como el día antes, y llegué al centro con los primeros turistas. Cuando me senté en el lado del puente me di cuenta de lo que iba a hacer, me puse muy nervioso y me sentí débil. Vi a una mujer sola y yo sabía que ella era la persona. Yo traté de pensar en pensamientos que no fueran que yo iba a arruinar su viaje y posiblemente tomar el dinero que ella había ganado para sobrevivir. No podía permitirme estos pensamientos porque yo necesitaba el dinero. No había otra manera.

Me acerqué a la mujer como era normal. No podía parecer nervioso o no sería capaz de acercarme lo suficiente para agarrar su bolso. Yo agarré su bolso y empecé a correr. Todo estaba bien hasta que giré la cabeza y vi a un hombre que tenía casi cuarenta años. No había pensado en una situación donde alguien me persiguiera y la situación cambió completamente. No podía pensar en nada fuera de volver a mi habitación como el plan. Mientras yo corría por las calles angostas y cortas y pasaba la estación de policía, la farmacia, y la panadería, escuché el sonido de un bocinazo de coche y entonces un accidente detrás de mí. No sentí nada hasta que llegué a mi habitación y me di cuenta de que había robado a la mujer, que tenía la bolsa de una mujer. Pero no me importaba porque iba a sobrevivir mi hermana.

No me gustó que lo hice, pero fue una necesidad para mi hermana y nadie me reconocería porque trabajaba en la parte de atrás de una pequeña tienda árabe y no mostraría mi cara fuera de la habitación o tienda. Planeé enviar el dinero a un amigo para que él pudiera comprar un billete de avión para mi hermana a Granada, pero quería

esperar algunos días para reducir la probabilidad de ser atrapado. Estaba trabajando en la tienda dos días después del incidente y cogí un periódico para envolver los regalos como siempre. Vi un titular “Hombre americano murió durante robo” y todo el mundo se paró. Leí el artículo y aprendí lo que pasó durante la persecución. Durante la persecución alrededor de las esquinas de las calles, un coche giró en el camino del hombre y lo mató inmediatamente.

Yo lo maté. Mi acción directamente causó la muerte de un hombre que aquel mañana iba a visitar la Alhambra con su familia o sus amigos. Él trató de ayudar a una mujer mayor y ahora estaba muerto. Yo no podía creerlo y no quería pensar en los hechos, pero ya estaba hecho y nada podía cambiarlo. ¿Debía entregarme a la policía? No, todavía enviaría el dinero a mi amigo para que mi hermana pudiera huir de los ataques de Boko Haram. ¿Por qué no? Mientras envolvía los regalos como siempre, pensaba una y otra vez en las razones por las que necesitaba ir a la estafeta postal para enviar el dinero, pero no podía hacerlo. Pensaba en los tiempos cuando mi hermana y yo ayudábamos a mis padres en nuestra granja. Me puse loco, pero no podía recuperarme del hecho de que un hombre murió por este dinero. La estafeta postal estaba situada en el centro de la ciudad, más allá de la oficina de policía y la farmacia. Decidí que después del trabajo yo iría al centro y enviaría todo el dinero para el billete de avión y la seguridad de mi hermana. Otra vez yo salí de la tienda, giré a la izquierda dos veces, y continué al centro. No sé por qué, pero por alguna razón cuando llegué en frente de la estación de policía, yo me paré.

Revolución

David Navarro

“Cuarenta personas muertas durante protesta en Bogotá.” Las palabras son estampadas en la tele con letras grandes. Ezio, que usualmente veía la tele cada noche para prepararse a dormir, se movió la silla más cerca a la tele para oír mejor.

“En una protesta contra el gobierno y empresas de Bogotá, más de cien personas marcharon en el centro de la ciudad para mostrar su disgusto con las dos entidades. Después de que el grupo se negó a volver a sus casas, la policía usó rifles y pistolas para ‘proteger el público’. Continuaremos diciendo más tan pronto como podamos” anunció la mujer de noticias. Ezio había oído de este movimiento. Los manifestantes eran parte de un movimiento que se llamaba “Los Abandonados”, una colectiva de personas peleando contra el gobierno, que era controlado por la élite rica. En años recientes, los Abandonados gritaban en todos lados de oficiales corruptos, la policía brutal, y un sistema que según ellos existía para oprimir a los pobres y los jóvenes.

Ezio simpatizaba con ellos, pero no porque él fuera joven o pobre, en realidad era el opuesto. Su familia, los Herrera, tenía un historia grande con la organización de FARC y el tráfico de drogas, y a través de los años había creado un imperio grande con esa actividad ilegal. Desafortunadamente, este estilo de vida tenía sus riesgos. Ezio y su hermanito, Damián, habían perdido a sus padres a causa un asesinato cuando eran niños, y se mudaban de casa a casa bajo el cuidado de amigos de su familia. Por supuesto, cuando vino el tiempo, Ezio, como el hombre mayor de la familia, tomó control del legado de los Herrera, una sección de las FARC que trabajaba en Bogotá y que se llamaba “Los Reclusos.”

Como se esperaba, la naturaleza de su trabajo lo ponía contra el gobierno y su “Guerra contra las drogas”. Por eso, mientras veía la tele, se sentía un poco enojado. Cuando él y su cartel vendían sus mercancías a sus clientes, muchos eran los políticos, de hecho. Y a Ezio lo llamaban un criminal y homicida. En cambio, cuando el policía disparó a casi cincuenta personas, eso fue para protegerlas. Ezio suspiró como la mujer en la tele empezó a leer los nombres de las personas que habían muerto después del disparo. Persona por persona, Ezio escuchó cada nombre y se preguntaba si sus sacrificios significaban nada. Aunque esta confrontación era la peor de la que había oído Ezio, muchas personas habían dedicado sus vidas, y a menudo habían muerto, por la causa de los Abandonados. Para la administración, la muerte de algunos pobres o jóvenes era aceptable para mantener el poder, y por eso Ezio dudó que ellos pudieran cambiar nada.

“Damián Herrera.” anunció la mujer. *¿Qué?*, pensó Ezio. En un instante, su actitud cambió de curiosidad a preocupación. Rebobinó el programa y escuchó el nombre otra vez. *¿Qué carajo? ¡No es posible!* Tan rápidamente como posible, Ezio encontró su teléfono y llamó a su hermanito y... nada. Trató otra vez, y una vez más y no había nada. La tercera vez, Ezio oyó una voz, pero no era la de Damián.

“¿Quién es?... ¿quién está llamando?” un hombre preguntó. “Respóndeme, esta es el policía de Bogotá, ¿quién eres?”

Y con eso, Ezio sabía todo lo que necesitaba saber. La mujer en la tele tenía razón. Damián, que era un joven asistiendo la Universidad de Bogotá, al parecer, se había unido a los Abandonados. *¡Idiota! ¡Puto idiota! ¿Por qué hiciste esto? ¿Qué te han hecho?* pensó Ezio.

Mientras que Ezio había adoptado la vida de sus antepasados como un criminal, su hermanito tomó un camino diferente. Damián había visto los efectos de las drogas en mucha gente, y por eso quería ser un doctor para ayudarla.

“¡Puto idiota! ¿Por qué hiciste esto? ¡Tenías un futuro y lo descartaste!” gritó Ezio a la tele. Se ponía furioso mientras caminaba de adelante y atrás. Sus gritos se convirtieron en lágrimas, y sus lágrimas se convirtieron en gritos. Después de algún tiempo, él se cayó a la tierra y lloró. Pensó en Damián, y cómo él, como los otros, había descartado su vida... ¿Para qué? ¿Para un mensaje sin sentido? No lo podía entender, y pasó el resto de la noche gritando en el piso.

Habían pasado dos días cuando Ezio salió de su hacienda en Calima, un lago cerca de la ciudad. Había pasado muchas horas pensando. Pensando en su hermanito, en los Abandonados, y más, la administración y su policía. Antes, aunque simpatizaba con el movimiento, Ezio pensaba que tenía cosas más importantes y no prestaba mucha atención. Ahora, sin embargo, con la muerte de Damián, los tiempos habían cambiado. Él quería su venganza, y planeó usar su imperio para jugar su propio rol.

Después de reunirse con otros miembros de los Reclusos, todo se puso en marcha. Ezio y algunos miembros de los Reclusos se reunirían con los Abandonados para juntarse en una coalición. Dónde tenían la riqueza y armas los Reclusos, los Abandonados tenían el pueblo.

“Señor Herrera... los tenemos ahora.” dijo una voz por el teléfono, “¿Dónde los quieres?”

“Tráelos a la reunión. Enviaremos un mensaje hoy.” respondió Ezio. Él había planeado un mitin en una parte remota afuera de la ciudad por la noche. Era estimado que más de mil personas, una combinación de Reclusos y Abandonados, vendrían. Ezio veía a los Abandonados como un grupo dedicado, pero ultimamente sin los recursos y la capacidad para efectuar cambio serio. Después de esta noche, sin embargo, planeó canalizar la emoción que tenían en la estela del masacre para crear una fuerza con dirección. Un grupo que, pensaba él, podría hacer al gobierno lo que éste le hacía al pueblo.

Cuando la luna se levantó en el cielo, Ezio abrió la puerta a un almacén abandonado que había comprado hacía años. Al entrar, él vio cientos de personas que se habían reunido para escuchar su declaración. Su momento había llegado e intentó hacer lo más que podía con él. Se aclaró la garganta, se acercó al escenario improvisado.

“Jóvenes... Mayores... gente. Hoy nos reunimos para compartir nuestro dolor.” Él gritó, “Hemos sufrido bastante tiempo de la corrupción dentro que el gobierno y sus dueños en la élite. Ustedes han perdido sus futuros y sus vidas para la igualdad, y yo lo admito que los Reclusos y yo hemos pasado demasiado tiempo mirando sin actuar. Estoy aquí hoy para decirles: ¡Basta! Este gobierno ha marcado a mis hombres como criminales pero la corrupción real está con ellos.” Como Ezio miró al pueblo, vio el deseo para cambio y para acción en los ojos de todos. Parecían como un grupo de perros que estaban listos para una caza. “Esta noche, tengo algo para ustedes. Nuestro mensaje,” él dijo mientras saludó a un miembro cerca de la puerta. El hombre saludó y le hizo una seña a

algunas figuras al lado de él. En una línea, tres personas con bolsas en la cabeza siguieron la voz del secuaz al escenario. Cuando llegaron, Ezio habló otra vez.

“Aquí, mis amigos, tengo un regalo para ustedes”, él gritó. Procedió a quitarles las bolsas para revelar la identidad de las personas: un banquero, el jefe de policía, y un miembro del Congreso de Bogotá

“Hoy, les doy el poder que ellos han robado de ustedes.” dijo Ezio mientras él reveló una pistola, “Esta noche les mostramos a la élite que podemos pelear también. Si quieren derramar nuestra sangre... podemos hacer lo mismo a ellos.”

Mientras miraba el pueblo, Ezio apuntó al banquero. *¡Pop!* Después, el policía. *¡Pop!* La gente estaba en descreencia. Después de algunos segundos, algunos estaban petrificados de horror mientras otros gritaban en apoyo de Ezio. *¡Pop!* Con eso, los tres cuerpos yacían en el piso.

“Hoy es sólo el principio, mis amigos. Pido que se junten con los Reclusos y juntos podemos terminar el reino de corrupción que confrontamos.” vociferó Ezio. En este punto, el pueblo estaba en una frenesí de sangre, y Ezio sabía que había cumplido su misión. Por un momentico, Ezio pensó en el pasado cuando se preguntó si las personas muertas de este movimiento podrían hacer un cambio. Ahora él sabía que era posible.

El chico

Hanna Socha

El cuarto es pequeño y oscuro, las cortinas no han sido abiertas. Hay sólo este cuarto en el apartamento, nada más. Hay una cama que está situada en la esquina más lejana, con una manta fina doblada en el extremo. Al lado de la puerta hay un televisor viejo que todavía está mostrando las noticias de la capital, Buenos Aires. Nadie lo hay apagado. La alfombra es vieja y solamente cubrió un poco del piso de madera, pero se puede ver que fue muy bien hecha. Las flores en el jarrón situado en el centro de la mesa eran frescas, porque fueron reemplazadas ayer. Se puede oír los sonidos del día del pueblo afuera, los vendedores que están gritando para tratar de vender sus productos, las coches tratando de navegar el camino estrecho. Pero esos sonidos son empañados un poco por los muros del cuarto. Las fotos que están colgando en los muros muestran personas de otro tiempo, otro mundo. Ellas eran de colores brillantes, y ellos eran felices, como si no tuvieran ningunas preocupaciones. Había un espejo colgado arriba del fregadero, y si mira de cerca, puede ver unos apuntes escritos en un una nota adhesiva. *Escribe a tu madre. Encuentra un trabajo mejor. Puedes hacerlo. Es un día nuevo.*

Hace fresco afuera, lo que es normal para esta estación del año. La brisa ligera mueve los tapices que están colgando de la caseta al lado del pequeño restaurante. Se mueven en la brisa como ondas de colores brillantes debajo del cielo claro. Ella está sentada en un taburete al lado de la caseta, inclinada ante una hoja de papel, usando su pierna como si fuera una mesa. Está escribiendo muy rápidamente, con un enfoque increíble. A veces ella recuerda de levantar su cabeza para checar si tiene algunos clientes, pero nadie se ha parado enfrente de su caseta con interés por un rato ya. Cuando

hace esto, la brisa mueve su pelo castaño un poco, que está brillando por el sol. Para ella, no importa mucho la caseta. Pues, en realidad no es *su* caseta, ella no es la dueña. Pero, en este momento ella es la persona que está trabajando allí. Ella sabe que ha sido muy afortunada que la vieja indígena le ha dado la oportunidad de vender sus tapices a los turistas y recibir un poco de dinero por las ventas. Sin este trabajo ella sabe que probablemente estaría viviendo en las calles, como los otros mendigos del pueblo. Por lo menos tiene una cama para dormir, un poco de dinero para comida y un techo sobre su cabeza. Pero aunque ella está en una situación buena, quiere más para su vida.

En la distancia ella puede oír los sonidos del timbre del campanario de la ciudad, que significa que son las doce de la tarde. La chica levanta la mirada por un momento cuando suena el timbre y desea que estuviera más cerca para ver la estatua de San Francisco Solano salir de las puertas de cobre, y hace la señal de la cruz. Esto ocurre todos los días y cuando puede, a ella le gusta verlo porque le da un momento de paz e inspiración porque le recuerda que Dios siempre está con ella, aun durante este periodo de su vida. Pero, cuando los sonidos se paran, regresa a su hoja de papel que para ella es muy importante. En su mente puede oír el consejo de su madre “*Puedes hacerlo mi hijita, puedes hacer cualquier cosa que quieras*”.

Cuando salió de su casa hace unos meses, tenía sueños grandes y gran esperanza por su futuro. Pensaba que tendría éxito muy rápidamente, sin problemas. Pero no era la realidad, nunca lo es. La situación en su casa era mala. Su padre había perdido su trabajo hacía muchos meses, y después él estaba demasiado avergonzado porque ya no podía apoyar a su familia. Él abandonó a su familia, y ninguno de ellos sabían adónde fue. Su madre tenía que trabajar más horas para tratar de ganar bastante dinero para la familia, y

eso era la única cosa que tenía tiempo para hacer. La chica sólo deseaba que las cosas pudieran ser como habían sido en el pasado. Parecía que todo el tiempo era una gran nube gris que estaba arriba de la casa. La tensión y depresión de la casa eran casi demasiado para ella. La chica tenía que irse. Puede recordar el día en que salió como si fuera ayer. Su madre había hecho una cena de su comida favorita la noche antes, carne asada con chimichurri. En la opinión de ella, la receta de su madre siempre será la mejor que probará. La próxima mañana, muy temprano, antes de que sus hermanos tuvieran la oportunidad de levantarse, dio un beso a su mamá que tenía la promesa que regresaría con más dinero para ayudarles. Tenía que salir muy rápido después para tener suficiente tiempo para caminar de su casa en el campo al pequeño pueblo donde podría coger al autobús a Humahuaca, donde pensaba que vivía su tía. Se dio la vuelta sólo una vez para tomar un foto en su mente de la casa donde creció, y después continuó caminando en el camino de tierra al centro del pueblo.

Ella puede sentir el calor del sol tocando su piel bronceada. Protegiendo sus ojos del sol, regresa a su hoja de papel. Hace una semana un hombre pasó a través del pueblo con solicitudes para trabajos en la capital del país. Él dijo que sería muy fácil ganar el trabajo si las personas que estaban interesadas completaran la solicitud. Inmediatamente ella vio una oportunidad de escapar y empezar su nueva vida. No sabe exactamente cuál será el trabajo, pero sabe que ellos necesitan solamente empleadas y que ella está buscando un trabajo. La solicitud solamente requiere un poco sobre ella misma y si ha tenido un trabajo antes. Sabe que muchas otras mujeres jóvenes del pueblo están solicitando el trabajo también. Ella necesita recibir este trabajo mucho. Necesita salir de este pueblo, su pequeño cuarto alquilado y compartido, y encontrar un trabajo donde

puede apoyar a su madre y sus hermanos. Espera que el hombre no le haya engañado, porque este trabajo es la única oportunidad que tiene para escapar. Sus ojos todavía están cubiertos por sus manos cuando oye el sonido de zapatos acercándose a su caseta.

Levanta sus ojos y ve a un chico pequeño con pelo rubio enfrente de ella. Su piel es muy blanca, y parece que el sol está reflejándose de él. Es casi cegadora para ella. Un turista, sabe, y empieza a ponerse un poco nerviosa. “*Hola*” dice el chico. “*Hola*” ella responde. Eso estaba bien, piensa, y ella puede respirar un poco más fácilmente, pero solamente por un momento porque el chico le hace su próxima pregunta en inglés. “*Can I please buy a tapestry for my mother?*” Ella no puede entender. Nunca ha tenido un cliente que hable inglés. Nunca ha tenido la oportunidad de aprender la lengua. No tiene ninguna idea sobre lo que dijo el chico. Él chico mira a los ojos marrones de ella, y ella a sus brillantes ojos azules. Ella no sabe qué hacer. Se siente totalmente perdida y sola.

El día que llegó al pueblo de Humahuaca hace muchos meses fue una gran decepción para ella. Llegó con emociones mezcladas, pero estaba muy emocionada. Miró por la ventana del autobús y vio la Quebrada de Humahuaca, y era más hermosa que puede ser explicado por palabras. Pensaba que allá podría ser el lugar de la nueva parte de su vida. Pero, cuando llegó a la dirección de su tía que su madre le había dado, estaba sorprendida de aprender que no existía. Nunca había existido. No sabía qué hacer. No tenía suficiente dinero para regresar a su casa, y aún si lo tuviera, no podía. Sería demasiado embarazoso. Necesitaba quedarse. Afortunadamente fue capaz de alquilar una cama en un cuartito por un precio barato y la vieja indígena, la que necesitaba ayuda para vender los tapices que ella crearía. Pero no era bastante para la joven. Quería más. Tenía sueños más grandes que este pueblo. Durante toda de su vida, quería ser alguien con un

objetivo concreto. Con un trabajo que podría usar para impresionar a su familia y también para tener suficiente dinero. Cuando era niña, tenía el sueño que un día sería la dueña de una empresa inmensa, porque no le gustaba que su madre siempre estuviera diciéndole a ella lo que hacer. Quería ser la persona en control, con la capacidad de decir a otros lo que hacer. Y ahora, hay una oportunidad. Si recibe el trabajo en la capital, su sueño podrá ser más cerca de la realidad. Sin embargo, ahora ella todavía tiene muchas dudas sobre su futuro. Ahora, no sabe si es posible alcanzar sus deseos.

Pero, después de un momento el chico mete su mano en su bolsillo y agarra un poco de dinero para pagar y señala a unos de los tapices morados. Ella sonrío. Entiende. Ella usa cuatro dedos para mostrar el costo del tapiz. Él le da su dinero y ella a él, el tapiz. Cuando lo recibe el chico le dice “¡*Gracias!*” y le dirige un sonrisa magnífica a ella antes de irse. La chica puede sentirla en su alma. Con esta sonrisa del chico ella puede oír las palabras de su madre otra vez “*Puedes hacerlo mi hijita, puedes hacer cualquier cosa que quieras*”. Mientras el chico se va, ella regresa a su hoja y espera más clientes.